

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



Cena de Pascuas

UN AÑO

NUEVA ESPAÑA entra en el segundo año de su publicación con el mismo programa y las mismas aspiraciones que exponíamos en el primer número. Hace justamente doce meses escribíamos en el prospecto preliminar:

«Se nos impuso la idea de fundar un órgano de opinión que recogiese, aglutinase y fuese vocabulario del amplio sector intelectual que también discierne en política y estima, como deber ineludible, intervenir en ella. Precisamente porque sentimos con energía nuestra fecha vital, justipreciamos el pasado y tratamos de extraer de él el mejor porvenir. Tomar posesión plena e íntegra de un momento cualquiera de la vida, significa, lo primero, saberle recibir de su manantial histórico; para proyectarle, después, hacia un futuro previsible. Así las ideas fundamentales de libertad y justicia, cultura y ciudadanía, no brotan ahora, en la más fina sensibilidad de nuestro país, como una caprichosa galvanización de cuatro principios románticos y retóricos del siglo XIX, sino que enlazan con el cabo mismo de esa gran trayectoria del pensamiento europeo, que comienza en la Reforma y el libre examen y se continúa sucesivamente con la Enciclopedia, la Revolución francesa, el liberalismo democrático, la internacional marxista y, por último, con el actual colectivismo intelectual obrero, que, bajo diversas formas y manifestaciones, vemos hoy en marcha, en progresiva captación, apoderarse del mundo».

En este pensamiento hemos inspirado nuestra obra. Algún día, en momentos más holgados, haremos un balance de los riesgos y dificultades con que ha tropezado nuestra Revista, que no han logrado en modo alguno abatirla ni intimidarla. NUEVA ESPAÑA, que ha logrado convertirse en el órgano semanal de la intelectualidad avanzada de nuestro país, continuará en el futuro a servicio de la nueva civilización.

EDITORIAL

LAS PALABRAS
DEL PAPA

La última disertación del Papa sobre el panorama político del mundo tiene el interés natural de todas las manifestaciones hechas por quien representa de uno u otro modo intereses espirituales. El Vaticano ha insistido mucho en el carácter de la lucha social de nuestro tiempo y no ha querido permanecer sordo a la batalla económica que se libra en el fondo de las sociedades modernas. Pero le hubiéramos deseado más explícito en la condenación del egoísmo de ciertas clases que con detrimento de la justicia siguen convertidas en monopolizadoras del esfuerzo ajeno. La Iglesia representa, sin duda, el sentido moderador en las luchas de carácter social; pero tal como camina el mundo, hay que pensar que su procedimiento de concordia no basta para limar las diferencias que establece la lucha de clases. Al rico ya no le intimida el apólogo ni se deja convencer por el anatema: Tan difícil es que el rico entre en el Reino de los Cielos, como que el camello pase por el ojo de una

NUEVA
ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS 41

MADRID

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

aguja. Sin embargo, los plutócratas modernos han puesto la civilización a su servicio y han pensado incluso en construir agujas tan enormes por cu-

yos ojos puedan pasar los camellos cargados de oro. Han hecho la aguja standard por medio de la esclavitud, de la racionalización y el fordismo.

La eficacia evangélica del Papa sería indudable si lograra reducir las colaboraciones y ayudas de la Iglesia a las organizaciones de la especulación y el agio internacional. La Iglesia está demasiado cerca de los poderosos. Como está demasiado cerca de los nacionalismos, a los que condena también el Vaticano, sin notar que son sus delegaciones espirituales las que en casi todos los países alimentan el nacionalismo y la intransigencia. Véase en nuestro país lo que hace El Debate y cuáles son sus objetivos.

Cuando el Papa habla de las guerras, parece no creer en ellas de manera inmediata; pero no alude a los esfuerzos de las naciones por traicionar el espíritu del desarme universal. La voz del Vaticano debió sonar en medio de la baránda diplomática que empieza a arrastrar los cañones hacia las fronteras. Sería lástima que la más alta representación del Catolicismo hiciese presumir al mundo que su función de paz, de desinterés y de espíritu cristiano está constantemente desmintiéndose por los mismos encargados de difundirla.

DE "EL COMEDOR DE LA PENSION VENECIA"

NOVELA

por JOAQUÍN ARDERIUS

X

Al terminar la temporada, a últimos de primavera, Marta repasó su situación.

La encontró excelente: se había hecho bastante ropa, no le quedaba nada en las casas de empeño y tenía algunas pesetas en el Banco.

Y además, se sentía tonificada, dueña de sí, fuerte, estudiosa y con ansias de vivir y triunfar.

La actriz encontraba lógico su balance: era una gran artista, había tenido un buen sueldo, la pensión era barata y Eulalia ya no pedía absurdos y no le embargaba el tiempo ni le enfebrecía el espíritu.

Marta veíase sana, curada de su enfermedad, con su cerebro sano y lúcido.

Ahora podía pensar con clarividencia en su porvenir y en el de su idolatrada hija.

¿En su porvenir?

No. En el de Eulalia.

Pero para que su niña cabalgara triunfal por el mundo necesitaba el más maravilloso corcel.

¡Ella lo sería!

A la sazón, apenas transcurrida una semana de terminar su contrato, reposaba, después de comer en su cama.

Pensaba, fumando:

—¡Me parece mentira esta perspectiva que tenemos ya!—sonrió, con los ojos entornados viendo las volutas de su pitillo—. Soy una mujer de suerte. Otra en mi lugar no se hubiese podido levantar. Ya no hay nada que me eche abajo. ¿Y Eulalia?... Nada, lo de Eulalia ya no es nada. ¡Antes! Aquello, sí. ¡Oh, aquellos caprichos absurdos, aquellas exigencias frenéticas que la ponían en trance de morir! ¿Y a mí? ¡Oh, no quiero recordarlo, no quiero recordarlo! ¡Pobre hija,

cuánto me ha hecho sufrir! Todo se reduce a sacarla de esta casa, de ese antipático comedor, y mi Eulalia será un encanto.

Se puso a revisar mentalmente los contratos que le habían ofrecido varias empresas.

Uno era tentador. Una jira por América.

Necesitaba decidirse antes de que terminara el día siguiente.

Dos semanas faltaban para embarcar la compañía, toda organizada a falta de la primera actriz.

Ella era la preferida, la imprescindible, pero precisaba su firma en seguida. Ya la habían esperado bastante. Más de un mes. Si no estaba ella dispuesta a embarcar, la empresa tenía que hacer gestiones con otras actrices.

Arqueó sus cejas de cobre y se peinó con los dedos su melena de caoba:

—¡América, por todas razones es lo que me conviene! Traeré dinero y formaré compañía. Y para Eulalia es lo mejor. ¡Lejos, lejos de aquí! La travesía, la vida en el barco, el mar, y luego allí, en otro mundo, con otras gentes, le hará cambiar—pensó revol-

ESTE NÚMERO HA
SIDO VISADO POR
LA CENSURA MILITAR

viéndose en el lecho—. Pero... ¿y El? Me lo encontraré seguramente allí! ¿Qué me importa! ¿Como si no existiera! ¿Con no hacerle caso! Decididamente, a América. Esta tarde firmo el contrato. Voy a decírselo a Eulalia.

Se levantó y dirigióse al comedor.

—Mamá—dijo Clara a Eulalia, viendo asomar a Marta por la puerta.

Eulalia volvió la cabeza para mirar a su madre.

Marta encontró a las dos solas en el comedor.

Estaban sentadas junto a la ventana.

—¿Te gustaría que nos fuésemos muy lejos, muy lejos de aquí?

—¿A dónde?

—A otro mundo.

—¿A una estrella de esas que se ven por las noches en el cielo?

—¡Qué chica!—exclamó Clara sonriéndose—. Eres simpática, graciosa, lista, original... A mí me gustas mucho, mucho—y se puso a darle besos a Eulalia—. ¡Lo que me alegraría tener una hija como ésta!—y quedó sumida en una profunda melancolía.

—Di. ¿No me contestas?—preguntó Marta mesándole la melena a su hija.

—Si es a una estrella de esas, sí.

—¡Esos mundos están muy lejos!

—¿Pues no me has dicho que nos íbamos a ir muy lejos, muy lejos?

—Sí, pero no tan lejos.

—¿A dónde?

—A América.

—¿A dónde está Mary?

—Sí.

—¡Bah!

—Pero, nena, si hay que pasar mucho mar, mucho mar. Si está muy lejos. Allí, cuando aquí es noche, es día. Y el invierno, allí, aquí verano. Verás lo que te gusta. Es muy raro aquello.

—Yo no quiero ir a América.

—Pero, ¿por qué, hija? Si nos conviene mucho. Yo voy a ganar el dinero a montones. Nos vamos a hacer ricas.

Bueno. Si tú quieres... Si me llevas tú...

—¿Pero no vas contenta?

—Bueno... sí.

Quedóse pensativa. Marta le mesaba mimosa la melena.

—Oye, mamá—dijo de pronto, como despertando de un éxtasis—.

¿Cuándo embarcaremos?

—Dentro de pocos días.

—¿Harás todo lo que yo te diga?

—¡Todo lo que tú me ordenes, divina!

—Cuando yo me muera en el barco...

—¡Calla, hija!—gritó Marta espantada.

—Si te enfadas no te digo nada y no sabrás lo que tienes que hacer para que no sufra tu nenita.

—Habla, hija; pero no me asustes.

—Pero, ¿crees que no me voy a morir en el barco?

—¿Por qué te has de morir, hija?

—No digas eso, Eulalia—murmuró Clara.

—¡Qué tontas sois!—cerró los ojos—. Ahora mismo me estoy viendo muerta en mi cama del barco—los volvió a abrir—. Oye bien lo que te voy a decir ahora. ¿Lo harás todo? No me vayas a engañar, ¿eh?

—Anda, habla, hija.

—Cuando me veas muerta en mi ca-

LEA USTED

"NUEVA ESPAÑA"

mita del barco no me tires al mar. Dará mucha rabia estar muerta debajo del mar. ¿Tú sabes, Clara, que el mar no es azul y que siempre se está moviendo? Es de agua como la de la fuente de la cocina y de la bañera.

Clara le tomó el mentón y le dio un beso.

Las lágrimas le barnizaban las pupilas a Marta.

—Cuando yo me baño meto la cabeza en el agua y abro los ojos. ¡Y me da rabia tener luz en los ojos y no ver nada! Y, además, parece que le tapan a una la boca y le dan patadas en el pecho. Yo siempre veo cosas, menos cuando meto la cabeza en la bañera. Cuando duermo, veo. Cuando cierro los ojos, también, y cuando estoy en las habitaciones a oscuras. ¡No me tires al mar cuando esté muerta, que me da mucha rabia estar encerrada en el agua!

—No te tiraré al mar.

—¿Me traerás a Madrid?

—Haré lo que me digas—balbuceó Marta dominando el llanto.

—Me traes aquí, a Madrid. Pero no me vayas a meter en un ataúd. Me dará mucha rabia, también, estar metida en una caja de esas. Mira: me traes aquí, me pones un pyjama como éste y me sientas en esta butaca, aquí en el comedor. Todos los días ven y dame un beso. Y por la noche me llevas a la cama a dormir contigo. Y tú, Clara, ¿querrás estar aquí a mi lado espantándome las moscas? ¿Vosotros no sabéis que a las moscas les gustan mucho los muertos? Yo sí lo sé. Yo tenía gana de ver un muerto, y Quica me llevó a casa de una amiga suya en la que había uno. Tú no le digas nada a ella, mamita, que no quiere que lo sepas. Aquel muerto tenía la cara y las manos negreando de moscas. ¡Lo que sufriría con tantas picadas! No se las espantaba nadie, y como él no podía moverse... Tú sí

me las espantarás a mí, ¿verdad, Clara?

—¡Me enamoras, chica!—exclamó emocionada la joven, cogiéndola por las muñecas.

—No sé que les veo a ustedes dos, una cosa rara, que me da la impresión de que se parecen.

—¿De verdad? ¿Me gustaría! No le miento a usted con decirle que le estoy tomando un cariño único.

—Si usted fuese su madre... la idolatraría como la idolatro yo, pero siempre la tendría ahogada de pena. Mi Eulalia es bruja. Todo lo que dice sucede.

—Porque lo veo. ¿Cuándo nos vamos a embarcar?

—¡Cuando sea!—exclamó Marta maquinalmente.

—Además de todas las cosas que te he encargado que me hagas, cuando esté aquí muerta, sentada en la butaca y os vayáis a ir dejándome sola, cerrad bien las puertas con llave, que no entre el italiano, porque al italiano no le gusta pegarle a las mujeres. Yo he visto cómo le pega a Julia. ¿Te ha pegado a ti alguna vez, mamita?

—¡A mí qué me ha de pegar ese tío asqueroso!

—¿Y a ti, Clara?

—¿A mí? ¿Qué tiene que ver conmigo ese hombre para que me pegue?

—Ese cardenal que llevas en el brazo, ¿no te lo ha hecho él?

Clara se agarró un trozo de carne y miró el sitio indicado por Eulalia:

—¿Esto? No sé qué pueda haber sido. Yo estoy llena de cardenales. Cualquier cosa me los hace.

—¿Pero no ha sido él?

—¡Qué ha de haber sido ese tío!

—Los que lleva Julia son iguales a éste. Ya sabéis, cuando me vayáis a dejar sola aquí, cerrad bien las puertas con llave que no entre el italiano. ¿Tú sabes, mamita, que tiene mucha gana de pegarme también; pero que no me pega porque le doy miedo? Es muy malo, y cuando me vea ahí muerta sin poderme mover, me pegará grandes palizas, para vengarse, como las que le da a Julia. ¿Vosotros os creéis que es mentira que me tiene miedo? ¡Ahora veréis!—y se levantó para salir en busca del italiano.

Marta la cogió por una mano, diciéndole:

—Deja a ese tío estúpido.

Eulalia se desasíó de su madre, y, por el pasillo, se dirigió al cuarto de Julia.

Marta la seguía, llamándola:

—Nena, nena.

Clara se quedó en el comedor, escuchando.

Eulalia abrió la puerta. Entró a la habitación, plantándose delante de Julia.

La patrona estaba sola en el gabinete.

La juventud y el sentido de la vida

por ANTONIO PANIAGUA PICAZO

La Humanidad percibe un retorno a las puras formas del espíritu. La sed de ideal se adentra como la acerada punta de una espuela en el ijar fatigado y temblón de la muchedumbre. Una congoja infinita va calando muy hondo en la viscera cordial del hombre y una aspiración a ser en el reino del ideal se plasma en su interior. Vocación de sacrificio, vocación de ideal que se adhiere a su carne como una sola aspiración para romper su costra material. ¿Retorno a la Divinidad? No, infinito dolor que va traspasando el tejido, la célula nerviosa. El sexo pletórico se rompe en exigencias cada vez más imperiosas; a cada dolor humano el hombre se refugia en la renunciación del momento pleno y fugaz del no ser. Pero el imperativo sexual es una fuga abierta a toda cobardía humana. Señorío está el ideal, pura la contemplación para el espíritu nuevo. Pero el aliento vital que despierta a cada nueva clarinada del deseo, irrumpe en un voluntario renunciamento hacia la trayectoria del espíritu. La carne no ha llegado a flagelarse con el cilicio de la moral pudibunda. El castigo llega con la vocación del sacrificio, con el imperativo del deber. Crear: le dice al joven, en lo hondo de su entraña, el impulso de la vitalidad vegetativa. Ser: le impone el imperativo de un deber para con su conciencia de hombre y de varón. En el equilibrio de esas fuerzas que impulsan a la juventud hacia los regocijos perecibles de un epicurismo feminizador o hacia las rígidas austeridades del claustro, se halla el hondo imperativo de su vocación. Es decir, ni Epicuro ni San Ignacio.

Plena a toda la excelsa vocación de ser, henchida de espíritu joven, viene la hembra hoy. El futuro para ella no es ya la dolorosa severidad del imperativo varonil. La gracia de un cuerpo oxigenado por el ejercicio, asperjada la mente de toda telaraña supersticiosa. Pero ahí no llega todo el impulso de su cuerpo pletórico de vida, ansioso de superarse en un afán un poco andrógino. Equilibrio también para la hembra audaz que va al volante en el raudo automóvil y se bebe la espuma del mar a puras brazadas. El señorío de los nervios no quiere decir que la mujer deje de cumplir los sagrados imperativos de la especie. Nada de «flirt», que es la simulación del amor. La mujer no debe olvidar la estructura física que la Naturaleza le dió. Olvidarlo sería ir contra un imperativo tal vital, tan biológico, que quebrarla todo sentido de

feminidad y de deber en la hembra.

Si los imperativos espirituales se apoderan de la conciencia humana, ¿por qué la juventud no ha de sentirlos? También la juventud los lleva prendidos en el hondo resquicio de su alma. Juventud, diría un atolondrado, es un cuerpo propicio al alarde del músculo, a la pirueta en la canoa automovil. Juventud, diría otro, es empeñarse en un afán ciego de masa anónima en los pueriles y vanos momentos de un partido balompié. Nada más lejano de la juventud, de la verdadera juventud. La honda y cálida corriente de espiritualidad fluye en sus músculos con una sentida fuerza de espiritualidad. Es el ímpetu juvenil, que quiere imponerse en una presuntuosa y avasalladora imprecación, dictan los viejos. Es cierto, el hombre joven vive la vida del momento, siente la responsabilidad de la hora, en momentos que otros sólo sienten la flojedad de sus piernas y el peso del abdomen propinquo. La energía está en los jóvenes, la vitalidad en sus arterias, la pureza en sus intenciones. Jamás como ahora en la historia de la Humanidad se levanta el ímpetu joven acuciado por preocupaciones espirituales. Detrás queda la otra juventud, la que ha fenecido ya dominada por el sexo o por el fanatismo. Delante irrumpe, como en una regocijada alborada, la otra juventud que siente el imperativo del deber. ¿Preocupación momentánea que vive en la brevedad del instante de un optimismo mozo? Reflexión y hondo sentido de la realidad. El sentido de la eternidad que se prende como una estrella en la espaciada cavidad del infinito. Desazón e inquietud que trascienden más allá de lo inmediato del hoy pequeño y fugaz momento que se ha ido. Es el amplio, el seguro porvenir el que vislumbra con su audacia moza la juventud de hoy. El dolor del pasado, la incompreensión de los viejos y la avaricia macabra de los que llevaron sus cuerpos a inmolar en la guerra, ha hecho florecer en cada alma joven el sentido de la realidad y que no es vivir de espaldas a los puros impulsos del espíritu. Si el cuerpo se cimbreaba bajo el peso del dolor moral, si la función vegetativa se acorta bajo el imperio de una dudosa vivencia, rompe la aspiración ideal en un anhelo agudo y sibilante como la saeta que amenaza clavar en el espacio. El hombre joven es eso, dardo agudo que va a hundirse en el flanco del tiempo, espolazo que aviva y cauterio que cura. El sentido pleno de la

vida para él es agitación, marcha ascendente, nervioso caminar y fructuoso impulso hacia el ideal. La juventud no añora el pasado, no aspira al goce de lo inmediato. El futuro preñado de posibilidades es su aspiración. Por eso no se atempera a la realidad circundante, al momento tan fugaz al que se adhieren los viejos temblones con un infinito dolor a la muerte. El sentido de la vida para la juventud es lucha, sacrificio, dolor, esperanza, pureza en el ideal, ímpetu combativo en la acción y fortaleza en el puño para demoler. A su paso tiemblan los que ven quebrarse la corta perspectiva que se columpiaba ante sus ojos miopes, e interrumpirse el laborioso proceso de la digestión tras un plácido almuerzo. La vida es breve y existe el dolor de perderla: para la juventud la vida está jalonada de imperiosos ademanes de hacer, de puntear con mano firme en laboriosa gestión cada segundo, cada minuto, cada hora. Ahilar el espíritu para el sacrificio y aunar la voluntad para la acción. Sentirse siempre con el entusiasmo prendido a flor de los labios pero aferrados siempre al imperativo de la hora. No puede haber en estos momentos flaquezas de la carne ni del espíritu. En cada corazón, en cada cerebro, debe brotar el impulso y germinar la idea para la acción. Pero deben impedirse las corazonadas que se quiebran en puros anhelos insatisfechos y que las ideas se pierdan en el ancho espacio de la metafísica.

El mundo atraviesa por una grave crisis de los valores básicos y de los motores de impulso espiritual. En esa quiebra de una moral, de una economía de un sistema social que ya llega por su situación a su muerte definitiva, los hombres del pasado tiemblan. Algunos hombres alertas de la vieja escuela, hombres de cátedra de espaldas a la realidad, puntean remedios, pero sus intenciones se quedan rezagadas en la teoría. Para unos es la barbarie de la masa que se dobla sobre la civilización y la cultura de Occidente. Otros, también teorizantes, creen en un mundo mejor, un paraíso terrenal. La turbadora corriente que irrumpió en el año 18 en la Rusia de los Zares, es señal de un nuevo orden de cosas. Negarlo sería ir contra una realidad tan palpable, que ya dolorosamente la conocen los industriales, que han sentido el peso de la producción de la Rusia mecanizada. Pero es pueril el esperar que la Humanidad llegará, gracias a este movimiento, a un estado social igualatorio en que

perezcan todas las iniciativas individuales y sea la masa el factor dominante. El talento se impone, la minoría selectiva es la que traza siempre la trayectoria de la masa. Pero si esa minoría carece de un fuerte arraigo, de una poderosa y acerada voluntad, de una vocación de sacrificio hasta la muerte, jamás podrá realizar un esfuerzo ni alterar el orden de cosas existentes. Por ello es que esa fuerza nueva, saturada de espíritu de la hora que se llama juventud tiene tan poderosos arraigos. Ella debe sentirse con un imperativo de ser y moverse siempre en ademanes enérgicos. La anulación de la personalidad en todo combate es fatal para el resultado de la acción. Ella debe mantenerse siempre en cada momento, con toda su fuerza, y en acelerado impulso de voluntad. Las minorías selectas de la juventud, por su talento, laboriosidad y fuerza moral deben en todo momento ser las directoras de todo movimiento. Nunca debe el joven huir a toda responsabilidad, ni esconderse tras el engaño de un dolor físico.

La hora actual requiere hombres que tengan un amplio sentido de la

vida. A las modernas enseñanzas sobre los problemas vitales, de la moral, del sexo, no debe huir la juventud. El estudio debe ser su objetivo, no como un fin, sino como un medio para asegurar su predominio en el mundo. Hasta ahora se ha hecho de la cátedra una incubadora de conocimientos abstractos sin finalidad vital. El joven debe poner toda su pasión en el logro del conocimiento, para que su ser vibre ante la lección aprendida. Pero la lección no ha de ser artificio, vano alarde de presuntuosa exhibición de saber. El conocimiento debe despararmarse, hacerlo saltar a la vía y llevarlo sin llegar a fecundar la muchedumbre con el germen de la idea, es labor estéril. La juventud debe pronunciarse siempre en una actitud de seria y fecunda labor intelectual.

La responsabilidad de su deber moral para con su pueblo es esencial. La preparación técnica adquirida a través de la escuela y del centro universitario debe tener por base un marcado interés nacional. El hombre joven se debe a su país en momentos de dolorosa vivencia espiritual y material. Su deber es el adentrarse con toda la severa responsabilidad y sacrificio del

bienestar material que se le imponga para cumplir con su imperativo de hombre que ha nacido en una ínsula inerte. El problema cultural, el aspecto económico, no deben escaparse a los ojos de todo hombre que ha frecuentado el aula en un afán de saber. El saber no debe esconderse como una flor de lujo y exhibirla en un salón elegante. El conocimiento adquirido lleva sobre sí el peso de una gestión por terminarse, es el jalón de una labor a realizar. El momento de Puerto Rico es grave, aunque los falsos profetas que tienen visión de campanario de los problemas vitales y de los destinos de un pueblo crean que vamos como por sobre una pista embreada. La juventud siente, es verdad, una reacción saludable, momentánea, pero ahí no debe quedar su movimiento ni su esfuerzo. Es el futuro que está ya cercano, es el camino de los que han de venir, que hay necesidad de descombrar. El egoísmo de hoy no debe impedir la realización del sacrificio en cada momento, la visión de la realidad, y la efectiva preparación para el logro de una obra que tiene ante sí muchas y variadas sendas acuchilladas de dolores.



El P. N. de T. en Las Palmas

por A. H. DE M.

El hijo sietemesino del «salvador» de la... es algo verdaderamente humorista y genial. Tiene un «stock» de empleados donde se puede escoger para todos los gustos: los hay poetas peores que Capdepón, escritores de los llamados de vanguardia, escritores que intentaron entrar en la «Revista de Occidente» y los dejaron con las pruebas en la mano y con el amargor de la dulce patadita en el..., etc. El Patronato está integrado por un plantel de señores cultos, (des) leídos y hasta filósofos; pero lo que ocurre con estos filosofastros del P. N. de T. es precisamente todo lo contrario que le ocurría a Sócrates, el cual decía que la verdadera misión del filósofo era desprenderse del cuerpo y preparar la evasión del alma. Mejor dicho: esto se lo hace decir Platón a Sócrates en sus diálogos socráticos. Los filosofas-

tros, poetillas, noveladores del Patronato, piensan todo lo contrario. Dicen ellos: «Aquí hay que salvar el estómago y nada más.»

Somos amantes del orden de la legalidad y de la justicia.

NO DELINQUEN

según el artículo 58 del Código penal de la Dictadura,

El que obra en defensa de su persona, honra o propiedad, siempre que concurren los requisitos de:

- 1.º **Agresión ilegítima actual inevitable.**
- 2.º **Necesidad racional del medio empleado para impedirlo o repelerlo.**
- 3.º **Falta de provocación suficiente por parte del que se defiende.**

Naturalmente, en consecuencia tienen un inspector *técnico* de hoteles, el cual va comiendo, merendando y cenando por todos los hoteles y al final de sus comidas dice siempre su frase sacramental: «Qué bien se come en este hotel.» Aquí, en Las Palmas, también estuvo el ciudadano Peypoch, que publicó un informe *técnico* en «El País»; claro está, que era, entre otras cosas, una verdadera risa. Además, el informe *técnico* llevaba una pequeña introducción de un formidable gastrónomo del Patronato que era más que una risa: era una porquería. El pobre hombre, obligado por su estómago, se veía obligado, quieras que no, a endilgar unos pipos al *técnico* Peypocho. ¡Hay que ver a lo que obliga las ganas de comer sin trabajar a algunos poetas del parnaso nacional, por no decir del W. C. nacional! Porque nadie me negará que el poetiso que actúa en el Patronato, es de lo malo lo peor; ahora, como ambidextro burócrata patronal, ya varía la cosa...

Como poetiso, desde luego, es una

birria; pero esto no quita ni pone para que como turista sea un *hacha*. Vamos a verlo. Aquí teníamos una Sociedad llamada «Fomento y Turismo». Su nombre ya indica, por adelantado, cuál debía ser su misión. Pero como estamos en territorio español su misión se reducía a organizar verbenas de vez en cuando, en las cuales se rifaban mantones de Manila, etc.; el fin de la construcción del «Grupo Escolar de San José», llevaba trazas de eternizarse. En resumidas cuentas: la actuación de tal Sociedad era una nulidad. Entonces «El País» arremetió contra su nefasta actuación y de resultas vino una revisión que dió la puntilla definitiva a «Fomento y Turismo», que era lo menos que se podía hacer.

Hasta aquí vamos bien. Pero...

Resulta que más tarde la Dictadura crea un organismo llamado Patronato Nacional de Turismo con sus derivados provinciales como la J. P. de T., y entonces el director de «El País» se apodera de la Secretaría de esta Junta. Por supuesto: sin concurso, sin oposición, sin méritos, sin nada. Y ahora resulta que si la Sociedad de «Fomento y Turismo» era nula, no menos lo es la J. P. de T., cuya inepta—por no decir otra cosa—actuación ha provocado conflictos entre agremiaciones de chóferes e intérpretes en lo que se refiere a la conducción de turistas en el Puerto de la Luz.

Porque, naturalmente, garrapetear cuatro versos para luego darlos bajo la salvaguarda de *modernistas* lo puede hacer cualquiera desde Perico el de los «Palotes» para abajo; lo que ya varía es realizar un programa de política turística con resultados positivos. Y esto de ninguna manera lo ha logrado la J. P. de T., pese a los lacayos que pudieran creer en su actuación. De la J. P. de T. nada sabemos sino cuando fracasa ruidosamente. ¿Tiene algún éxito logrado en el fomento del turismo en Canarias? ¿Que lo muestre por alguna parte!

Ya hemos visto de la manera que «Fomento y Turismo» se convirtió en J. P. de T., en cuya secretaría figura el propietario de «El País». Pues sigamos.

La J. P. de T. se complicó gravemente, al parecer, en el «affaire» de la filmación de una película de turismo canario. Nuestras Corporaciones abrieron sus arcas y se desprendieron de algunos miles de pesetas. El público empezó a recelar, los periódicos denunciaron el medio «chantage»; pero la J. P. de T. permanecía hermética. Bien es verdad que tampoco las autoridades la obligaron a sincerarse ante el público y periódicos acusadores. Así transcurrió un año o más hasta que una mañana nos aparece, claro está, «El País» con una Nota oficiosa de la Junta en que decía que se había

LEA USTED NUEVA ESPAÑA

reunido y el tema preferente tratado había sido el de la frustrada película, en el cual nada había tenido que ver la Junta y que en vista de ello dejaba el camino de los Tribunales «expedito» para quienes creyeran sus intereses *menoscabados*. (El Ayuntamiento dió una buena cantidad de miles de pesetas, pero ahora se ha fusionado «El País» y «El Liberal», órgano del actual alcalde, para mejorar el servicio telegráfico.) De manera que justamente cabe suponer que los que han sufrido *menoscabo* en sus intereses tomarán el camino *expedito* de los Tribunales.

Como se ve, la Junta nada ha tenido que ver en el «chantage» pelicular. ¿Pero era la propia Junta quien debía decirlo o el resultado de una revisión administrativa? Porque este procedimiento de auto-otorgarse la oreja de la buena conducta administrativa es bastante peregrino. Será todo lo poetiso de vanguardia que se quiera, pero es algo así como una marranada para capotear lo que la Junta se tiene muy bien ganado: ¡una revisión!

¿Que el P. N. de T. no deja caer por aquí unas pesetas para que su derivado la J. P. de T. actúe? Muy bien; ¿entonces a qué mantener una burocracia que nada tiene que hacer? ¡Ah, no olvidemos que pisamos territorio español!

Nosotros no esperamos que a la Junta le ocurra nada absolutamente. En caso de una revisión lo más seguro sería que le otorgaran alguna re-

UN FUMADOR APASIONADO



—¿No tendría usted un poco de fuego para encender un cigarrillo?

Ayuntamiento de Madrid

compensa por su abnegada actuación. Esto sería lo más seguro. ¿Cuándo se ha visto que en España se aplique la Justicia como está mandado?

San Felipe de Neri decía a un joven que hablaba con demasiada frecuencia de comer—escribe Max Jacob—: «¡No tendrás nunca ni talento ni corazón para nada!» ¿Tiene que ver esto con los poetisos del P. N. de T? Si se refiere a lo de escribir poesías e intentar publicar notas en la «Revista de Occidente» sobre Valle-Inclán, tiene mucha razón San Felipe de Neri. ¡Ah, y en cuanto se refiere a hacer turismo también, por supuesto!

Por cierto que la J. P. de T. tiene un joven defensor de vanguardia que es una decicia. Desde luego, este joven se dice muy moderno—aunque, en realidad, se conduce y piensa como un burro viejo—y para todo tiene una sonrisa de cadáver, como queriendo dar a entender que él está por encima de todo, menos en lo que se refiere a defender la actuación de la J. P. de T.; en eso sí que está el pobre muy por debajo de todos. Este joven *européo* (si europeo se llama a dar conferencias fusilando a Ortega y Gasset, Marichalar, de la Encina, Abril, etcétera, etc., etc.) cree poseer una ideología europea y está muy molesto porque un grupo de jóvenes posee una ideología más moderna que la suya. ¡Qué risa el otro día al verle disertar, como un niño jesuita—en realidad eso y nada más es—, sobre tales ideas! Este joven de ideología asnal no puede tolerar que se censure a la J. P. de T., porque él, sencillamente—ya—, a los veintitantos añitos tiene dos empleos oficiales: uno por la mañana y otro por la tarde. ¡Claro, cómo va a tolerar que se cometa la *injusticia* de atacar a la Junta de marras! Además, digámoslo por si a alguien le interesa, este joven presume de intelectual y esto no lo es, porque no es intelectual quien como él cada vez que se le denuncia un «fusilamiento» se defiende como una portera, haciendo una requisa de basura de toda clase.

Pero aunque nuestro cadavérico niño *luis* no lo quiera, sepa y entienda que la actuación de la Junta de marras es una reverenda tal... Y que cuando venga una nueva Sociedad ya debe elegir con cuál de sus prebendas ofinescas se queda, una de las cuales ganó en brillantes y reñidas oposiciones, en que su único contrincante era su sombra.

En el momento actual sería una imbecilidad esperar una serie de sanciones inevitables; pero en su día vendrán. ¡Entonces veremos con qué cara se presentan a rendir cuentas todos estos *liberales* que no tienen escrúpulos en comer de manos de quien tenga la magnanimidad—a costa de los dineros oficiales—de tirarles a la boca unos bocados!

Afirmaciones negativas

por A. HURTADO DE MENDOZA

Cuando una forma de gobierno—sea República, Dictadura, Monarquía—advierde reiteradamente que gobierna con «arreglo a la Ley», como lo advertía Primo de Rivera en sus Notas oficiosas, hay que creer lo contrario: que gobierna al margen de la Ley. Cuando un organismo como el P. N. de T. a fuerza de interviús e informaciones asegura que ha realizado una gran tarea turística, hay que creer lo contrario: que no ha hecho nada y que además ha esfumado 23.000.000 de pesetas. Cuando una real hembra dice en tono despreciativo que es una birria de mujer, hay que entender que sólo quiere afirmar su condición de mujer magnífica. Cuando nosotros en la edad infantil queríamos hacer un acto de hombría, nos espetábamos un cigarrillo en los labios, adoptábamos gestos heroicos y marchábamos por la calle como advirtiéndolo: «¡Paso a Napoleón en persona!». Con todo, sin embargo, no hacíamos sino afirmar un acto de puro infantilismo. Cuando un señor Pérez, o Rodríguez, o Doreste, o Camejo, se obstina en autoafirmar a toda hora que no es ni Pérez, ni Rodríguez, ni Doreste, ni Camejo, sino un oficinista accidental y un genio truncado, hay que creer que se trata de un solemne baviaca. Cuando un tipo B nos repite, a cada paso, en el cine, en el teatro, en el café, que es un viril de primer orden y que rinde culto a Eros diariamente dos, cuatro, seis, nueve veces, hay que pensar: «¡Bah, este es un impotente o un obseso en disipar alguna consanguinidad de plena homosexualidad!». O dicho en lenguaje freudiano: «Casos de regresión del sexo al propio sexo.» Etc., etc.

Porque todas estas reiteradas autoafirmaciones no son, en realidad, sino negaciones. Por carambola, pudiéramos decir, al afirmar caen en la negativa. Sencillamente porque parten de ahí: de una negativa. Los individuos que con tal denuedo autoafirman sus cualidades, en lo íntimo, están convencidos de lo contrario; pero quieren llegar a la *ilusión* de creerse lo contrario. Y de lo que aún es más inverecundo: hacerlo creer al público, también.

En otro sentido—en el femenino—, Simmel ha logrado un estudio perfecto sobre las negaciones-afirmaciones y las afirmaciones-negativas.

«Si queremos fijar en conceptos las formas más distintas de esta coquetería, hallamos una triple síntesis: la coqueta aduladora que parece decir: tú, sin duda, eres capaz de conquistarme, pero yo no quiero dejarme con-

quistar; la coqueta despreciativa que parece decir: gustosa me dejaría conquistar yo, pero tú no eres capaz de ello; la coqueta provocativa que parece decir: quizá puedas tú conquistarme, quizá no; prueba a ver.»

Punto y aparte.

Si un señor Pérez o Rodríguez declara solemnemente que él es un trabajador y que al margen de su trabajo pronuncia conferencias y hace críticas, hay que entender que, en el fondo, quiere decir: «Soy un Goethe de nacimiento, pero la vida me obliga a ser oficinista del Estado.» (Más claramente: un mentecato de los miles que encontramos en cualquier oficina del Estado español, con aire graves y, en definitiva, tecleando en una máquina un oficio o una pieza de literatura oficial.)

Todas estas afirmaciones—volvemos sobre ello—emergen de una íntima negativa.

Esto lo vemos —sencillamente— cuando algún hombre fracasa sexualmente en su relación con una mujer. Ante el ser que ha fracasado cae en un vulgar exhibicionismo. Su conversación se desliza por el terraplén de lo procazmente erótico. Con tal actitud quiere demostrar su capacidad para la cual ya está jubilado. ¿No sabe, en lo íntimo de su alma, este hombre que es un impotente? Sí. Pero quiere rodearse de una atmósfera de vanagloria erótica, de hazañas

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas,

sexuales que hagan creer lo contrario de lo que su situación presente pregona a los cuatro vientos. Es más: quiere llevar al convencimiento del ser ante el cual ha fracasado la firme creencia de que es ante él solamente donde ha encallado; pero que fuera de él todavía podría continuar añadiendo éxitos a su haber de hombre terriblemente erótico. Lo cual no logra, ni a medias.

* * *

No, por cierto, quien ha nacido para baviaca debe ser baviaca ejemplar. Quien ha nacido para manejar un castellano con la habilidad de Ayala no debe ser sino un escritor como Ayala, y no un Joaquinete Belda o un Manolo Malo. Si la vida nos exige que seamos oficinistas de Obras públicas, del Catastro o del P. N. de T., no intentemos ser lo contrario. ¿A qué adoptar actitudes imbéciles, posiciones falsas, andarse con las tijeras en la mano para poder ser intelectual? ¿A qué, en una palabra, ser personajes ridículos y justamente risibles? Si la vida nos llama por el lado del espíritu, ¿a qué empeñarnos en ser unos pésimos vendedores de chorizos extremeños, embutidos catalanes o vinos sevillanos? Y no es que nosotros despreciemos las profesiones citadas. Tanto honor existe en ser primeros como porteros. Ambas cualidades son igualmente necesarias para el equilibrio del mundo, ha escrito Ortega y Gasset.

En España padecemos con harta exuberancia el tipo de oficinista que cree estar en su puesto por accidente y no por afición o único destino de su vida. Este oficinista si lo es de Obras públicas, del Catastro, de la Junta administrativa de O. P. o del P. N. de T., es un empleado grosero e incompetente. El piensa que aquélla no es su verdadera profesión, sino simplemente un accidente a que le obliga la materialidad de la vida. En consecuencia, no pone ningún interés en distinguirse ni adquirir competencia. La considera como el patíbulo sobre el cual él ha tenido que guillotinar un crítico de Goya, o un Picasso, o un Debussy, o un Mauricio Chevalier. Ya lo advertimos una vez: el tipo de oficinista español que arriba a un escalafón *per accidens*, es demasiado frecuente en nuestro territorio. Por eso las oficinas públicas españolas son centros, por lo general, de ejemplar grosería. Uno se dirige a una ventanilla, departamento tal, a sacar una licencia para conducir un «auto» o para colgar un anuncio en una fachada. Se cree sencillamente que está tratando con el encargado de tal departamento, y en consecuencia obra. ¡Pues buena la ha hecho usted! Con quien está tratando es con un Goethe truncado o con un Séneca oficinista,

No hemos venido a la oficina del Estado a obtener una licencia para conducir un «auto» o colgar un anuncio: hemos venido —¡caramba!— a interrumpir las meditaciones del filósofo M, que aunque está tras la ventanilla de un departamento para empleados públicos, no lo es. Claro, el filósofo M, o el crítico de Goya R, o el matemático G, se vuelven airados y sueltan un disparo de grosería ejemplar en las oficinas públicas del Estado español.

A tal extremo llega este mal que lo que debiera ser regla general, nosotros los españoles, lo interpretamos como excepción: ser atendidos correctamente en cualquier oficina pública del Estado español. Caso insólito, por cierto y por desgracia.

Porque lo primero que hay que punzar en España es cada cual esté en su puesto como debe estar. Quie-

nes sean críticos, periodistas, policías, oficiales de Hacienda, Telégrafos, Correos, etc., que lo sean por verdadera vocación y capacidad. Porque nada puede marchar bien cuando en muchas redacciones existen grafómanos con una magnífica capacidad para horterar. Cuando en las oficinas del Estado existen una serie de oficinistas que miran la profesión como el patíbulo de unas cualidades que, en el mejor de los casos, no existen. El que sea horterar, que lo sea de verdad. El que sea empleado público, que lo sea también de verdad.

Porque nada más repugnante que este tipo específico de español que no es un buen oficinista porque no se cree haber nacido para tal destino y tampoco es un hombre culto porque la «oficina» no le deja serlo. Equidistante de estos dos extremos, es en definitiva un baviaca insoportable.

nes, de amenazas terribles del cielo y de la tierra. En realidad, se ha necesitado de un fervor religioso muy profundo.

La mujer, de niña aún, aspira a la maternidad, sin pensar en el amor, que todavía ignora. Después, el amor vela por un tiempo la verdadera función del matrimonio que son los hijos, pero muy pronto para la mujer normal de alma sencilla y abnegada, el hogar y los hijos vuelven a ser lo primordial.

Un caso entre mil visto en un dispensario—el punto mejor para poder observar el alma humana, porque permite conocer a los individuos en las fases más dolorosas de la vida—. Era una pobre obrera, que se vino a confiar a mí; quería ella fugarse de su casa. Su marido la engañaba con una vecina. «He preparado las pastas para toda la semana, porque a mi marido no le gustan las que se compran en el almacén; he trabajado hasta las doce de la noche, para lavar la ropa de los niños, y dejar todo en orden; ahora quiero irme, dígame donde puedo refugiarme, porque no quiero hacerle daño a nadie.»

Esta pobre obrera sufría enormemente de la traición de su marido, y también del escándalo que de eso podía resultar: ella quería irse, abandonar su casa y sus hijos. Mas ¿qué podía hacer lejos de su hogar, esa pobre cuya abnegación era más fuerte que el rencor, esa mujer que en el momento de abandonar el hogar se preocupaba del bienestar del marido y de los hijos?

No se piense que casos así son aislados, y que esta abnegación es debida a la ignorancia de una pobre obrera. No; mujeres así hay en todas las esferas sociales. Son almas humildes y abnegadas, acostumbradas a cumplir con su deber, al que aman más que a su propia vida.

Es para proteger a estas mujeres, verdaderas vestales de la familia y del hogar, que ha sido instituido el matrimonio indisoluble, porque ellas habrían sido las primeras víctimas del divorcio y del amor libre.

La indisolubilidad del matrimonio ha sido y es un arma de incalculable valor puesta en manos de la mujer normal, y ésta tiene un interés capital en conservar esta defensa, aun a costa de sufrimientos graves aislados.

La Justicia está sometida a disputas; la fuerza es reconocedora y sin disputas. Así no pudo dársele fuerza a la Justicia, porque la Fuerza contradijo a la Justicia y declaró ser ella lo justo. Y no pudiendo lograrse que lo justo fuera fuerte, se ha hecho que lo fuerte sea justo.—PASCAL.

PROBLEMAS ACCIDENTALES DEL MATRIMONIO Y DEL AMOR

EL DIVORCIO

por GINA LOMBROSO

El matrimonio es una institución que tiende a defender la felicidad y el amor. A unir al hombre a la mujer que ama. Mas este objeto, que parece el único, no es, en realidad, el único, ni puede serlo. Cuando la primera etapa pasional de la vida ha pasado, uno se da cuenta que la familia, el hogar, garantizado por el matrimonio indisoluble, es preferible a la libre soledad del divorcio, y que el matrimonio en tanto que carrera tiene su valor.

El matrimonio es una cadena. Pero toda unión es, a la vez, una defensa y una amarra. Los inconvenientes van siempre unidos a las ventajas. Toda organización humana en que deben actuar varios individuos juntos (escuela, oficina, laboratorio, fábrica, convento, etc.) está basada en reglas que son cadenas. En el matrimonio, no hay duda, que la cadena es, a veces, dolorosa.

¡Ah! Si pudiéramos volver hacia atrás... volver a empezar. Cuántos y cuántas piensan así. El hombre tiene doble interés en la fragilidad del lazo

conyugal, pues su valor puede aumentar con los años mientras que el de la mujer disminuye irremisiblemente. En la mayor parte de los países, y en casi todas las religiones, él ha tratado de conservar el derecho de volver atrás, de divorciar, de poder devolver a los padres a la mujer, cuando ha dejado de agradarle.

Para impedir al hombre que deseché a la mujer cuando ha dejado de amarla, para obligarle a aceptar una amarra permanentemente favorable a ella, han necesitado los padres de la Iglesia siglos de prédicas, de prohibicio-



Diálogo inocente.

Invitamos a los pueblos a que nos formulen sus quejas, para comentarlas en Justicia. Sólo la voluntad de defensa puede virilizar los pueblos, sólo la exposición implacable de sus vergüenzas puede dignificarlos.

Arte tradicional ruso

por L. DUMONT WILDEN

Se podría sostener, sin parecer demasiado paradójico, que el descubrimiento de Rusia es, en el dominio de las artes y de las letras, el gran «suceso» europeo de fines del siglo XIX y comienzos del actual.

Ello comienza por la literatura. El hallazgo de Tolstoi fué para los jóvenes franceses de la generación de 1885 algo tan importante como el de Dickens lo había sido para sus padres. Después fué Dostoiewski, más lejano, más difícil de abordar, pero que haciéndonos penetrar, de golpe, en una humanidad toda nueva, nos revelaba con su terrible sinceridad los rincones inexplorados de nosotros mismos; «humano, demasiado humano», como dice Nietzsche. Luego, tras de esos dos jefes, toda una armada de novelistas y cuentistas, ricos de todas las sensaciones inéditas de una humanidad, a la vez, toda nueva y muy antigua. Desde la revelación de Vogué, la influencia rusa en la literatura francesa es enorme, y aun antes de Vogué era ya muy fuerte en Alemania.

La revelación de las artes plásticas fué más tardía. Pero no menos importante. Antes de la exposición de arte ruso organizada por Serge de Diaghileff, y abierta en París en 1906, antes de la voga de los bailes rusos, que el mismo artista introdujo en Francia, la pintura y la escultura rusas eran, puede decirse, ignoradas. Apenas se conocía, no se sabe bien por qué, el nombre de Verestchaguine, pintor, desde luego, bastante mediocre; el del príncipe Troubétzkoi y la encantadora María Baschkirtseff, «Notre Dame du Sleeping Car», como decía Barrés, cuya pintura, que había aprendido con Bastien Lepage, no tenía nada de específicamente rusa.

Bueno es decir, en nuestro descargo, que el arte ruso parecía ignorarse él mismo. Es, apenas, hacia 1905, cuando los coleccionistas e historiadores de arte, se apercibieron del pujante interés que presentaban, no sólo desde el punto de vista arqueológico, sino también desde el de la estética pura, los viejos iconos que estaban hasta entonces escondidos en los conventos. La primera gran exposición de la antigua pintura rusa, es decir, la anterior a Pedro el Grande, organizada en Rusia, data de 1913. Toda la atención, hasta de los rusos más inclinados al paneslavismo, iba a las escuelas posteriores a la occidentalización del país por el gran Zar de la mano de hierro. En toda Europa, y en la misma Rusia, se estaba persuadido de que ese arte no era sino un arte de imitación, bastante secundario.

Arte de imitación..., es exacto. Pero, examinado bien, de un interés considerable. Cuando Pedro el Grande, rompiendo brusca y brutalmente con un pasado semiasático, quiso hacer de su Imperio una potencia occidental y marítima, transportando, para esto, la capital a una ciudad de su invención, hubo de llamar, para construirla, a arquitectos extranjeros, franceses e italianos; cuando sus sucesores, y principalmente las Emperatrices Isabel y Catalina II quisieron decorarla, darla un arte digno de su esplendor, aun a extranjeros, y sobre todo a franceses, es a quien tiene que dirigirse. Nattier y Oudry se excusaron, y hubieron de contentarse, primero, con Caravaque, pero más tarde, atraídos simplemente por el renombre de magnificencia y generosidad que tenían los grandes señores rusos,

el excelente retratista Tocqué, el pastelista Perronneau, el sueco-parisién Roslin, hicieron en San Petersburgo largas temporadas, y Lagrenée fué profesor de la Academia de Bellas Artes fundada por Catalina. Es en esta escuela de retratistas franceses donde se formaron los primeros retratistas rusos, como Antropoy, todavía un tanto rústico e inhábil; como Chebanoy, y, sobre todo, como Levitzki, que, discípulo de Antropov, alcanza en algunas de sus obras a igualar los mejores pintores de Francia e Inglaterra.

Ciertamente, todo esto es de segunda mano, pero tal vez no se ha señalado bastante que esos primeros retratos rusos, hechos por artistas rusos y hasta por extranjeros residentes en Rusia, tienen, pese a los esfuerzos de los pintores y... de los modelos, que las modas y costumbres de Occidente hipnotizaban, algo muy particular, un estilo ruso todavía en matices un poco provincianos, si se quiere, pero que no carecen de agrado y sabor.



—A final, resolví casar-me. Ando a procura...
—De uma noiva?
—Nao, de um dote.

CARTA DE BERLIN

LA PRÓXIMA GUERRA

Las enseñanzas del proceso de Moscú.--El dolor humanitario de Europa.-- Escritores con conciencia.-- ¿Europa prepara las armas contra el comunismo?

por F. FERNANDEZ ARMESTO

El proceso de Moscú ha tenido diversos y significativos reflejos en Europa, que vale la pena recoger y, en lo posible, sistematizar. Pocas veces, tal vez nunca, la vida de unos hombres puesta ante un Tribunal tuvo repercusión tan unánime en el mundo. Todos los países de Europa, América y Asia vibraron a una misma hora emocionados por un mismo motivo: la vida de unos hombres. ¿Quiere decir esto que el mundo se ha vuelto más magnánimo? Nietzsche decía que si un compañero nuestro de acera se rompe una pierna se produce en nosotros una conmoción mucho mayor que si nos enteramos de que en el Japón un terremoto ha sepultado a cinco mil personas. Nietzsche quería expresar así la circunscripción del interés humano.

¿Pero qué diría hoy Nietzsche si viera a los periódicos polacos que despacharon los asesinatos con dos líneas, dedicando planas enteras a planear por la vida de ocho señores encargados a los Tribunales de Justicia allá en Rusia? ¿Qué diría si viera a la Prensa italiana inflamarse de adjetivos cruentos por lo que pasa en Moscú? ¿Y Bulgaria? ¿No vierten lágrimas los periódicos búlgaros, por los ocho ingenieros rusos, sin que le hayan rozado las matanzas que se realizaron en las calles de Sofía?

También Francia y Alemania e Inglaterra se sienten conmovidas y lloran gruesas lágrimas de cocodrilo ante el «ataque a la vida humana» que ellas creían que iba a ejercerse en Rusia. Es conmovedor este interés tierno de los países que van a la cabeza de nuestra civilización, de los progresivos pueblos democráticos, por la vida humana en abstracto, es conmovedor, y uno no puede menos de sentirse fuertemente solidarizado con ellos, hasta sentir un hipo de orgullo por esta cultura, a la que uno pertenece, y que no duerme pensando en la vida de ocho hombres que allá lejos, en otra sociedad y casi en otro mundo, está a disposición de los jueces.

Pero, entretanto, Francia sigue su política colonial en la Indochina. Un escritor puro, que se fué al Congo instigado exclusivamente por apetencias estéticas, André Gide, recibió tal sen-

sación, que escribió un libro indignado y protestativo. ¿Y las prisiones de la Guayana francesa? Que lea quien quiera el libro de un ingeniero asturiano, publicado por Araquistain. ¿Y la acción policíaca de Francia durante la guerra, plagada de truculencias horripilantes? Todavía hoy en los libros de Francia se apela con frecuencia para expresar la crueldad y la tiranía social a la Inquisición española y a nuestro sistema de colonización; si la vecina República mirara un poco más hacia sí misma, no precisaría apelar a la historia ni a tan lejos.

¿Y el régimen de las colonias inglesas? ¿Los sucesos de Egipto? ¿Los de Palestina?

La Prensa nacionalista y socialdemócrata alemana, que ahora levanta en vilo sus apóstrofes contra Rusia y lanza párrafos patéticos sobre la sangre, es la misma que no tuvo ni una palabra de condenación para el atentado policíaco que cazó a tiros, en medio de las calles de Berlín, a 200 ciudadanos, entre ellos mujeres y niños, el día 1.º de mayo de 1929; ni la conmovió los asesinatos de Rosa Luxemburg y Liebknecht; ni el de Jakubowski.

También un grupo de literatos alemanes, casi medio centenar, a la zaga de Heinrich Mann, émulo literario de Denunzio, han presentado su protesta contra el posible ajusticiamiento de los ocho ingenieros contrarrevolucionarios, traidores al Estado y mistificadores de la Ciencia. Estos 50 escritores alemanes «no pueden hacer callar su conciencia ante el atentado a la libertad de espíritu y a la vida que

significan los hechos de Moscú». Entre hombres de tan intranquila conciencia está el señor Arnold Zweig, aventajado escritor social. La conducción ante los Tribunales de Justicia de unos técnicos que traicionan el Estado para quien trabajan y de quien cobran sus compromisos, que sabotean la producción y construyen «fábricas» que no van a servir para fabricar nada, sino para ser convertidas en fuertes contra el régimen que las construye, que venden su pueblo al extranjero, es un atentado a la «libertad de espíritu y a la vida», que no puede consentir la intranquila conciencia del señor Heinrich Mann y compañía.

¿Y dónde tenían la conciencia el señor Heinrich Mann y compañía cuando los atestado fascistas de Italia, los de la misma clase en Polonia, los de Vera en España, etc., etc.? ¿Y dónde la tenían cuando el asesinato de Rosa Luxemburg y Liebknecht? ¿Y dónde, sobre todo, durante la guerra europea? Extraña conciencia la del señor Heinrich Mann.

Otros han protestado porque suponían los hechos un atentado a la Ciencia. ¿Cómo va a juzgarse a unos hombres que realizan una labor científica?, preguntaron indignados. Luego se vió la labor científica que realizaban, por boca de ellos mismos: sabotear la calidad y la cantidad de la producción, construir máquinas inservibles, edificios sin aplicación, negociar con el extranjero una guerra intervencionista y preparar sobre Rusia una Dictadura militar que sustituyera a la Dictadura de los trabajadores. ¿Es esto a lo que se llama Ciencia?

¿Y por qué realizaban el sabotaje? ¿Porque les faltaba material científico para trabajar? ¿Porque se les tenía en una situación deprimente? No. Todos ellos han declarado ante el Tribunal que disponían de todo el material científico que querían, como no disponen los que se dedican a los mismos trabajos en cualquier otro país; que recibían buenos honorarios, y tenían buenas viviendas. A la disposición de Ramsin, por ejemplo, estaba un magnífico automóvil del Estado. Según declararon, realizaban el sabo-

La Libertad y la civilización dependen de la distribución de la propiedad inmueble. El hombre cuya subsistencia está ligada a cultivar tierra que no le pertenece, jamás amará las instituciones del país, jamás podrá ser rico, jamás tendrá medios de ilustrarse.—FLOREZ ESTRADA

taje movidos por el ideal burgués, flojo ideal del que cantaron la palinodia durante todo el proceso.

Claro está que no sólo falaces protestas despertaron en el mundo los sucesos de Moscú. El calor con que los animaba la enfervorecida muchedumbre que se apretaba en la Plaza Roja tuvo olas de resonancia en todo el mundo. En Shangai, en Berlín, en Nueva York, en Londres, en Tokio, en Buenos Aires, en París, en Viena, en millones de trabajadores, repercutía la ansiedad de la muchedumbre clavada en la Plaza Roja, con un aliento único.

Y no sólo obreros, sino también intelectuales, escritores y hombres científicos de todo el mundo se sintieron estos días más solidarizados que nunca con Rusia, muchos de ellos quizá por primera vez. Y exigieron, por diversas manifestaciones, que fuera merecidamente castigado el servicio ruin e inicuo que Ramsin y sus compañeros hicieron de la confianza que se había depositado en su aptitud científica. Todos los profesores rusos regalaron el día del proceso, por suscripción, un formidable tanque de guerra a la «Armada Roja», como desagravio de la Ciencia.

¿Qué significan las protestas y qué significan las adhesiones? Sería pueril creer que se trata exclusivamente de actitudes estáticas ante los fuertes sucesos de Rusia. La repercusión que los hechos han tenido está ejercida más que por la fuerza de los hechos por la histórica sensibilidad receptiva que existe en la capa terrestre para los fenómenos comunistas. Pudiera decirse que la corteza del globo está cargada de una fuerza que actúa de imán.

Las protestas significan las posibilidades de que dispone la guerra próxima del mundo contra Rusia. El mundo europeo está obsesionado por Rusia y suicidamente dispuesto a lanzarse a una guerra contra el Soviet. Esto ya podía preverse desde hace tiempo a través de las maquinaciones de la política europea. Pero el proceso de Moscú ha sido la clara señal de todos los proyectos. Francia, Italia, Inglaterra, Polonia, preparan una guerra intervencionista contra Rusia, para destruir el comunismo e instaurar allí un régimen militar europeo. Para favorecer esto nació el partido industrial, cuyas culpas van a expurgar en la prisión sus ocho cabecillas. La intervención, que estaba ya perfectamente planteada, se preparaba para este mismo año, porque si se esperaba a 1931, según declaración de Ramsin, «se temía que fuera ya tarde, porque el Soviet adquiriría ya demasiada fuerza».

Ahora puede verse más claramente el sentido de un folleto de Ludendorf,

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Pida catálogos y boletín trimestral.

publicado recientemente, en el cual augura una guerra próxima de Francia, Polonia e Inglaterra contra Rusia, en la que Alemania e Italia, al principio, se abstendrían, pero que más tarde, arrolladas por las circunstancias, tendrían que intervenir. Ludendorf había oído campanas y no sabía dónde.

Y ahora se comprende mejor el desvelo de los Gobiernos y las clases capitalistas por intensificar el fascismo en Europa. No hay duda ninguna de que el actual Gobierno alemán favorece la eclosión fascista, y de que ésta se surte económicamente de las arcas

del gran capital. ¿Por qué esto?, se pregunta uno. Esto, el hacer fascista a toda Europa, se considera el mejor medio para luchar contra la Unión Soviética.

En general, el mundo capitalista está aterrado ante Rusia, no tanto por el temor de que el comunismo se desbroce de Rusia, lo que no parece por ahora fácil, sino por la formidable competencia económica que Rusia va a ejercer en el mundo a la vuelta de un año, de la cual ya ha sido la primera señal el *dumping*, que sólo en unas semanas ha sembrado el pavor en los mercados de todo el mundo.

Para encaminar las consecuencias de esta nueva acción capitalista no me queda ahora espacio. ¿Será todavía el capitalismo capaz de mover a los hombres a una nueva guerra, entre estos hombres a los trabajadores, para que luchen contra el comunismo? Gorki ha dicho que sería la última acción del capitalismo, la que le despeñase en la fosa que para él abrió ya la historia.

Berlín, diciembre.

Premio Sylla Monsegur

La *Revue de l'Amérique Latine*, prosiguiendo su programa—uno de cuyos principales puntos es el de que sean mejor conocidas en Francia las literaturas de los países de la América latina—, acaba de obtener de la generosidad de un escritor argentino, el señor Sylla Monsegur, la fundación de un premio, que contribuirá eficazmente a poner todos los años al alcance del público francés la traducción de una obra interesante de un autor hispanoamericano.

El señor Sylla Monsegur, de quien el año último publicó *Le Livre Libre*, de París, su obra *Meditations*, traducida por Francis de Miomandre y acogida por la crítica francesa con los más lisonjeros elogios, ha decidido, en efecto, que el premio que acaba de fundar recompensará anualmente la mejor traducción francesa de una obra de literatura hispanoamericana.

Este premio, que es de 10.000 francos, y que será otorgado durante un período de cinco años consecutivos, será atribuido por vez primera a fines del año 1931, por un Jurado constituido es su mayoría por escritores franceses y comprendiendo asimismo algunos escritores hispanoamericanos residentes en Francia.

La obra premiada podrá corresponder a cualquier género literario: novela, crítica, ensayo, historia, poesía, etcétera, y deberá haber sido publicada en español durante el año que habrá precedido a la concesión del premio.

Además de los 10.000 francos atribuidos al traductor de la obra premiada, el señor Monsegur pondrá a la disposición del autor la suma de otros 5.000 para dar a conocer su libro en Francia.

El señor Monsegur ha confiado a la *Revue de l'Amérique Latine* la organización material de este concurso. Cuantos soliciten informes concernientes al premio, cuyo detallado reglamento será publicado dentro de poco, pueden dirigirse a la *Revue de l'Amérique Latine*, 141 Boulevard Péreire, París (XVIIème).

Permítasenos felicitar sinceramente al señor Monsegur por una iniciativa que le honra y la cual habrá de contribuir a revelar al público francés una literatura que es imposible seguir ignorando.

España ha sacrificado su existencia entera a los dinásticos, mientras que ellos han vuelto sistemáticamente la espalda al porvenir, realizando en cuatro siglos—desde Fernando V de Aragón—una política que no ha tenido una hora de nacional, que ha sido siempre política extranjera y dinástica.

JOAQUIN COSTA.

Valor educativo de la enseñanza matemática

por J. REY PASTOR

Durante mucho tiempo se ha considerado la segunda enseñanza como preparatoria para la Universidad; hoy se propende más bien a la formación de hombres cultos, con esa cultura general tan difícil de definir en términos precisos, que se compone de las antiguas humanidades y de esas modernas humanidades que se llaman ciencias exactas y naturales. Ya no se considera en casi ningún país como enseñanza informativa, sino formativa.

Mas, bien sabido es, que no hay humanidad en este punto, vivamente discutido. Desde los clasicistas intransigentes que todavía restringen las humanidades a su sentido arcaico, hasta los utilitaristas ultramodernos que abogan por la supresión de la enseñanza secundaria, o por su abreviación considerable, fundándose en que la vida es demasiado breve para permitirse el lujo de consagrar varios años a un aprendizaje enojoso de cosas que no se han de utilizar nunca en la vida, hay toda una gama de posiciones intermedias ante el problema.

Ningún hombre culto podrá aceptar íntegramente una ni otra idea extrema. Retroceder hasta el Renacimiento es olvidar que el estudio del griego, más que un fin, era un medio para poder asimilar la excoela cultura helénica, de igual modo que hoy estudiamos lenguas vivas, no tanto por el placer que causan las declinaciones o por el valor educativo de los verbos irregulares, como por la utilidad de poder asimilar la ciencia y la literatura modernas.

Pero tampoco es admisible el segundo extremo punto de vista. La complejidad siempre creciente de la vida moderna ha ido extremando la especialización de las profesiones; y si algún lazo queda, que mantenga la solidaridad humana, es precisamente eso que llamamos cultura general, es el arte y la literatura, es el conocimiento del Universo en que vivimos y de la especie humana a que pertenecemos.

Reducir la segunda enseñanza al mínimo de conocimientos indispensables para que cada alumno pase inmediatamente a adiestrarse en la profesión elegida, es fraccionar la Humanidad en grupos y subgrupos de obreros, muy dueños de su técnica, pero que no pueden entenderse, porque hablan idiomas diferentes y nada común tienen que decirse.

El objeto de la segunda enseñanza debe ser formar hombres cultos, es decir, espíritus cultivados. Si cultivar la tierra es prepararla para hacerla fe-

cundar, cultivar un espíritu es someterlo a un régimen que lo haga fecundo en la vida, desarrollando sus aptitudes naturales.

¿Es esto lo que realizaba la enseñanza secundaria en el siglo XIX? Por el contrario, se limitaba a suministrar una cierta dosis de conocimientos más o menos extensos y profundos de Ciencias exactas y naturales, de Historia y de Geografía, de Filosofía y de Letras. Y como las nuevas generaciones notaban vacíos en su cultura enciclopédica, se fueron llenando en cada reforma de programas, engrosando éstos de modo alarmante. Al estudio de los autores clásicos se incorporaron los del siglo XVIII; la Historia y Geografía se completaron con novísimas adquisiciones; las Ciencias físicas se enriquecieron con la magna obra del siglo... Y con tantos agregados, el peso de la enseñanza llegó a ser intolerable para las tiernas inteligencias. Los alumnos que no perecían asfixiados bajo montañas de nombres o aplastados bajo la pesadísima de las Matemáticas, apenas salían de las aulas se apresuraban a arrojar por la borda tan pesado bagaje, para poder caminar libremente a la contemplación del mundo.

La segunda enseñanza en la pasada centuria tuvo un fracaso ruidoso. A fines del siglo se abrió en Francia una información parlamentaria acerca de ella; depusieron más de doscientas personas y en seis gruesos volúmenes están expuestas las ideas más discordes. Sólo hay un punto en que todos coinciden: los resultados de la enseñanza son deplorables. Universitarios eminentes, como Darboux, revelaron que pocos meses después del examen, la mayor parte de los bachilleres no sabían resolver una regla de tres simple y la Sorbona tuvo que instituir un curso de Aritmética para los bachilleres en Ciencias.

El movimiento de reforma a fines del siglo fué general en Europa. En vista del ruidoso fracaso de la enseñanza enciclopédica, se comprendió, al fin, que la pretensión de hacer bachilleres omniscientes era sobrado ambiciosa; se vió la necesidad de limitarse a cultivar los espíritus con una elaboración adecuada a cada terreno, para depositar en ellos algunas semillas escrupulosamente seleccionadas; se reconoció que tanto como la materia enseñada importa la manera de enseñarla; y abandonando poco a poco la preocupación de que la enseñanza fuese completa, se ensayaron procedimientos para hacerla eficaz.

Y bien, ¿Cuál es la eficacia a que

puede aspirarse con la enseñanza de la Matemática?

El valor de esta ciencia como disciplina educadora del espíritu, ha sido muy discutido. Algunos pensadores han propuesto que a la entrada de muchas profesiones, muy alejadas de las Ciencias exactas, se ponga el famoso lema de la Academia de Platón:

«Nadie entra aquí si no es geómetra».

Es sabido, en efecto, que Napoleón nombró al gran Laplace ministro del Interior y no tardó en reconocer que se había equivocado. «Laplace—dice Napoleón—no abordaba ninguna cuestión desde su verdadero punto de vis-

vo, en cambio, quien colocó tal hombre en tal puesto, creyendo, sin duda, que los alcaldes rurales pueden registrarse por las mismas leyes de la Mecánica celeste?»

Esa inadaptación a otras actividades no es exclusiva de los matemáticos, sino propia de todos los especialistas en cualquier ciencia o arte, que se enquistan en su caparazón técnico; sean los coleópteros o la gramática aramea el objeto de sus afanes y la consagración de sus vidas. Sin embargo, no faltan entre los más eminentes especialistas, hombres de cultura integral que, por haber tallado otras facetas de su espíritu, son aptos para navegar por los mares de la vida; pues para ser sabio no es indispensable carecer de sentido común.

Painlevé y Borel en nuestros días, además de ser eminentes analistas, han revelado estimables dotes políticas, no por ser matemáticos, ni tampoco a pesar de serlo, sino simplemente por añadidura.

Claro es que esta simultaneidad de aptitudes heterogéneas y sobresalientes es tanto más improbable cuanto más alta la jerarquía científica. El Einstein violinista suele ser inferior al físico creador, no por incompatibilidad de aptitudes, sino por ley fisiológica de limitación, que acota la integral humana entre límites menos distantes de lo que vulgarmente se cree; y la hipertrofia de un órgano se nutre a expensas de otros.

Por esto, el caso de Laplace, que citan todos los partidarios de la reducción de la enseñanza matemática secundaria es, por lo menos, inoportuno. Aquí es la Matemática una especie de calistenia, y sabido es que cuando la gimnasia se convierte en profesión, cesan sus benéficos efectos. Hombres adiestrados en la resolución de altísimos problemas, fracasan ante los menudos problemas de la vida, como esos formidables atletas de circo, capaces de levantar pesas enormes, sucumben ante el ataque de cualquier microbio, que sabe aprovechar el desequilibrio fisiológico del deformado organismo.

El problema estriba en saber si el estudio de las Matemáticas, no ya profesional, sino educativo, favorece o perjudica el equilibrado desarrollo mental necesario para triunfar en la lucha de la vida. Y la contestación exige un distinguo: hay Matemáticas y Matemáticas. Su enseñanza será útil o será perjudicial, según qué Matemática se enseñe y cómo se enseñe.

Desde los tiempos de Pascal se ha pretendido establecer una antítesis en-

tre el *esprit géométrique* y el *esprit de finesse*; y no sólo con carácter excluyente sino integrante, pues no faltan buenas gentes que, por carecer del primero, ya creen poseer el segundo. Intentaremos demostrar que estas dos provincias en que se pretende clasificar la inmensa variedad de los espíritus humanos, ni se excluyen, ni se completan; el primero está incluido en el segundo, pero la recíproca no es cierta.

Innumerables inteligencias normales, despiertas y aun sobresalientes, dotadas de verdadero *esprit de finesse*, declaran que no han comprendido nunca las Matemáticas. ¿No es esto paradójico?

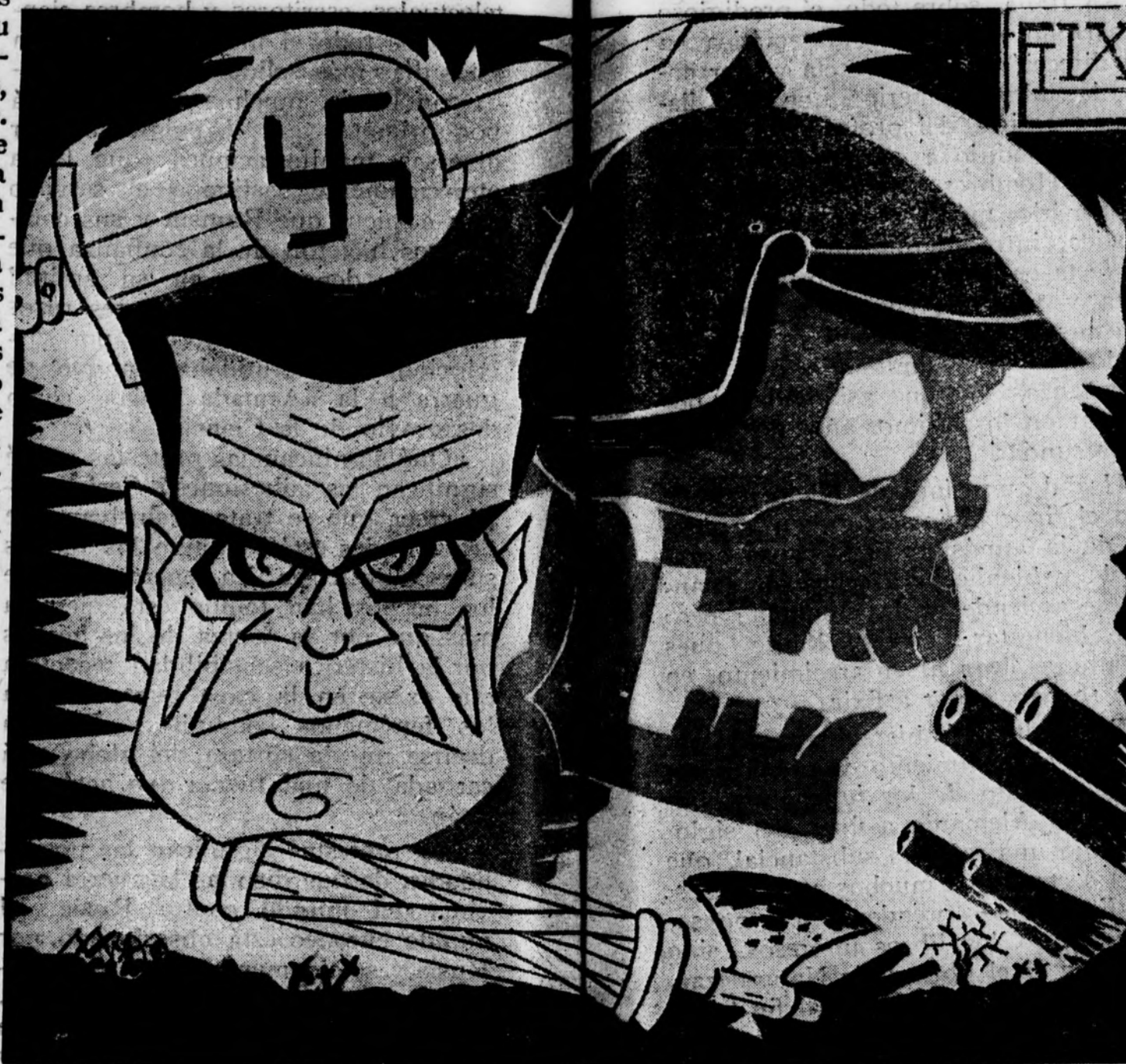
«¿Cómo es—se preguntaba Poincaré—que una ciencia que sólo utiliza los principios fundamentales de la Lógica, el principio de contradicción sobre todo, que es el esqueleto de nuestro entendimiento, aquello de que no se nos podría despojar sin que dejáramos de pensar, la encuentra obscura la mayoría de las gentes? Que sean incapaces de inventar, se explica; pero que no comprendan las demostraciones que se les exponen, que permanezcan ciegos cuando les presentamos una luz que nos parece de purísimo resplandor, eso es en extremo prodigioso.»

Este problema encierra varias incógnitas: unas que dependen de la Matemática misma, otras del elemento docente y otras del discente.

Muchas personas cultas e inteligentes no entienden las Matemáticas, por la misma razón que no entienden la Lógica, porque son ciencias abstractas y deductivas. La facultad de abstracción se desarrolló lentamente en la especie y, de acuerdo con la ley de Müller, se desarrolla con paralela lentitud en el individuo.

Sin embargo, mientras los creadores de los más altos principios de las ciencias deductivas y los definidores de sus conceptos básicos inspiraron su concepción sintética en una dilatada serie de inducciones, fruto de experiencias seculares, se pretende todavía en algunos países que el alumno de Matemáticas o de Física ascienda súbitamente al monte Sinaí a recibir las Tablas de la Ley en forma de postulados científicos y de conceptos abstractos, que representan la quintaesencia del pensamiento humano, fruto de muchos siglos de meditación y de experiencias.

«Si la ignorancia de la psicología infantil no fuese tan universal y profunda—decía Le Bon—, todos los pedagogos sabrían que el niño no pue-



Mussolini y su ambiente, por Félix.

«Nadie entra aquí si no es geómetra».

Así, por ejemplo, le Dantec proponía que no se pueda ser maestro en una Ciencia cualquiera (incluso en Medicina) sin sufrir previo examen de aptitud en Matemáticas.

No faltan, en cambio, publicistas como Le Bon, según los cuales las Matemáticas sólo sirven para desarrollar el gusto por los razonamientos sutiles; pero es falso que ejerciten el juicio. Y para justificar su aserto aducen el hecho de que «los más eminentes matemáticos no saben, con fre-

ta; buscaba en todo sutilezas, no tenía sino ideas problemáticas y llevaba a la Administración el espíritu de lo infinitamente pequeño.»

Sería inoportuno salir a la defensa de la gestión ministerial de Laplace, recordando, por ejemplo, los ingeniosos métodos que implantó para la formación del catastro. Más bien queremos admitir que todo lo hizo mal; mucho peor—y ya es suponer—que todos los ministros ignorantes del Cálculo infinitesimal. Pero, admitida su carencia de talento político y administrativo, cabe preguntar: ¿lo tu-

de comprender las definiciones abstractas de la Gramática, de la Aritmética o de la Geometría, y que las recita como pudiera hacerlo con las palabras de una lengua desconocida.

Solamente lo concreto le es accesible. Cuando los casos concretos se hayan multiplicado suficientemente, será su inconsciente el que se encargará de deducir las generalidades abstractas.»

«¿Qué es una buena definición?», se preguntaba Poincaré. Y contestaba: «Para el filósofo, es aquella que satisface a las reglas de la Lógica. En la enseñanza, una buena definición es la que es comprendida por los alumnos.

Estamos en una clase de cuarta y el profesor dice: La circunferencia es el *lugar geométrico* de los puntos del plano que están a una misma distancia de un punto fijo, llamado centro. El alumno bueno escribe esta frase en su cuaderno, mientras el malo pinta muñecos en el suyo, pero ni uno ni otro han comprendido.»

¿Por qué no han comprendido una definición tan perfecta? Porque el concepto de *lugar geométrico* es muy general, y no llegará a formarse en las jóvenes inteligencias, sino después de manejar multitud de casos concretos.

Hay que partir de las ideas primitivas, toscas y confusas, que ya poseen los alumnos, y encaminarlos de tal modo que ellos mismos se percaten de su imperfección contradictoria y demanden su perfeccionamiento. Este ha sido el camino seguido por la Humanidad para crear las Matemáticas, y ese mismo debe ser el método para enseñarlas.

Indudablemente, es duro para un maestro, como dice Poincaré, enseñar lo que no le satisface completamente; pero la satisfacción del maestro, no es el objeto de la enseñanza.

Es natural que las fechas de estas citas no sean recientes, porque el obscuro panorama pedagógico que descubren, ha cambiado radicalmente en casi todos los países, en lo que va del siglo; reforma que representa el último fruto de aquel ideal de Rousseau: educar es desarrollar de modo natural las aptitudes naturales.

La reforma, ya efectuada en casi todo el mundo, se refiere a la *materia* y al *método*.

El método heurístico hace del alumno, cualquiera que sea su edad, un inventor, un creador de Ciencia. La cual no se le presenta *hecha*, sino que se *hace* con su activa colaboración (*).

(*) El método heurístico fué implantado en el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires (quizá con excesiva fidelidad al original) por los profesores alemanes que lo organizaron.

Ya no es el alumno, como en el método dogmático, un recipiente donde el profesor vierte su sabiduría, pues a su pasividad ante el monólogo del maestro substituye la actividad del diálogo; pero el método heurístico es algo más que el método socrático; esa colaboración del alumno ya no está reducida a su aprobación de las conclusiones que el docente va deduciendo, dándole así el índice de la capacidad receptiva de sus oyentes. Tampoco se reduce la participación de los educandos a sacar ellos mismos las conclusiones de las premisas silogísticamente preparadas por el docente, en sucesión agotadora que oculte el hilo conductor del razonamiento, hasta llegar a la ansiada meta del c. s. q. d., no con la alegría de conocer algo nuevo, sino con la satisfacción de terminar un viaje aburrido, impuesto como obligación, hasta una ciudad ya conocida, donde no se tienen afectos ni intereses. El alumno, en el método heurístico, no comprueba o *demuestra* las verdades que el profesor enuncia, sino que las *descubre* alegremente; pues no es la *posesión* de los bienes, sino su *adquisición*, lo que depara al hombre las más puras satisfacciones.

«El problema se reduce, como ya decía Laisant, a interesar al alumno, a estimularle en la investigación, dándole sin cesar el sentimiento (la ilusión, si se quiere) de que él descubre por sí mismo lo que se le enseña.»

A la árida sequedad del estilo de Euclides (tanto mayor cuanto más rigorizado) donde la Ciencia se presenta articulada como un código, substituye el método heurístico más perfeccionado la fluente concatenación de las ideas, que va conduciendo, insensiblemente, de lo conocido a lo desconocido, bajo la suave dirección de un experto compañero de viaje, hasta arribar a nuevas playas, con la alegría de los descubridores de mundos.

Desde la implantación del método heurístico en Alemania—dice el profesor Marotte, enviado del Gobierno francés para estudiarlo—va no se cree necesario un don especial para entender las Matemáticas.

He aquí, pues, nuestra conclusión: quien esté dotado de *esprit de finesse* puede estar seguro de que también posee, en mayor o menor grado, espíritu geométrico, aunque por deficiencias de enseñanza no haya podido evidenciarse.

Graduando las dificultades y reduciendo la cantidad de conocimientos, logra el buen maestro que los alumnos entiendan y aun asimilen la enseñanza matemática; pero esta facilidad plantea el problema de la selección más adecuada para que el espíritu geométrico no se desarrolle a ex-

penas del equilibrio y finura de espíritu a que se refería Pascal.

Durante el siglo XIX se consideraba como única finalidad educativa de la enseñanza matemática el desarrollo de la facultad de abstracción y de razonamiento lógico y así opinan todavía algunos logísticos intrasigentes.

De acuerdo con esta orientación, el Euclides se fué perfeccionando en su estructura lógica, gracias a los progresos de la Axiomática, reduciéndose cada vez más la intervención de la intuición espacial, ya que no eliminándola, como algunos llegaron a creer, llenos de fervor deductivo.

En Italia, sobre todo, el prodigioso desarrollo de la alta Matemática en su dirección más abstracta y, por ende, la cultura superior, que cabe llamar excesiva, del profesorado secundario, condujo a extremos inverosímiles. Hombres especializados en la Matemática más abstracta y en la Lógica, introdujeron una enseñanza perfecta en su rigor, pero tan formalista y vacía de contenido objetivo, que sus beneficios educativos son muy dudosos, aun admitiendo que tales enseñanzas fueran asimiladas, por figurar en los últimos años del período secundario.

Usando un símil de Klein, sucede con el rigor lógico como con la pureza de la atmósfera, que causa agradable y bienhechora sensación cuando se asciende en la montaña; pero este bienestar tiene su límite, pues pronto se llega al enrarecimiento, en que se perece por asfixia.

Ese límite se había sobrepasado ya, cuando el movimiento de opinión pública llamado de los *ingenieros*, iniciado en Alemania a fines del siglo, produjo una reforma substancial, que ha trascendido a muchos otros países.

«Es preciso aprender a leer no solamente en los libros impresos, sino también en el libro de la Naturaleza», era uno de sus lemas, y al fin triunfaron las conclusiones del Congreso de *Brunswiga*, que pedía un retorno a la realidad física, de la que se habían alejado las enseñanzas matemáticas en alas de su abstracción.

En el plan de 1900 se prescribe que los ejercicios de Matemáticas contengan aplicaciones a la Física y a la vida; y para ser profesor de Matemáticas se exige, no sólo demostrar competencia en la enseñanza de la Física, sino también estudiar tres semestres en una escuela técnica.

Como reconoce Marotte, la enseñanza así liberada de su parte muerta de lógica verbal, se hace más interesante, más viva, más llena de realidad; y las ventajas fueron tan pronto reconocidas, que en 1902 se reforma el plan francés, inspirándolo en las mismas ideas.

El plan Leygues, de 1902, que ha regido hasta la reforma Berard (la cual no ha modificado esencialmente esta tendencia), estaba inspirado en las mismas ideas directrices. Como dice el profesor Bioche, «introduce beneficiosas innovaciones, librando la enseñanza del yugo de una lógica estéril. Hoy se hace amplio uso de la intuición de los alumnos, y se buscan ejemplos de la vida práctica».

Las mismas ideas inspiraron el movimiento Perry en Inglaterra, siempre reacia a toda innovación; y hasta en Italia se van abriendo camino, como ha demostrado la reforma Gentile, que impone a los profesores de Matemáticas la obligación de enseñar también Física, con gran protesta de los que vivían aislados en la torre de marfil de sus abstracciones, rehuyendo toda contaminación con la impura realidad.

Y, sin embargo, al cabo de unos meses, «se han mostrado satisfechos y hasta entusiastas de las nuevas disposiciones, que permiten aplicar la Matemática pura y uniformar los diversos lenguajes».

Así lo declara Peano, uno de los creadores de la Logística, a quien se podría creer partidario de que su sistema formalista se introduzca en la enseñanza secundaria, como hacen algunos de sus discípulos; mientras él, con la superior visión que corresponde a su elevación mental, capaz de comprender todos los problemas, se complace en publicar, para que sirva de guía a los profesores, sus *Juegos de Aritmética*, llenos de adivinanzas curiosas, de problemas sugestivos y de aplicaciones prácticas.

Hasta aquí los hechos. Analicemos ahora las razones determinantes de este movimiento general de reforma, casi terminado en Europa.

Que la finalidad fundamental de la enseñanza matemática es el desarrollo de la facultad de razonamiento y de abstracción, parece generalmente admitido. Puesto que la Lógica no se puede aprender en abstracto, sino aplicada a un objeto, el más claro y sencillo está formado por los entes matemáticos, y sobre ellos se ejercita el razonamiento deductivo.

La utilidad que debe esperarse de la enseñanza matemática secundaria, en cuanto a su fin educativo, es evitar esas confusiones tan frecuentes en la conversación y aun en discursos y libros, entre causa y efecto, todo y parte, condición necesaria y condición suficiente, recíproco y contrario..., aparte los círculos viciosos, peticiones de principio, etc.

La cuidadosa exactitud en las definiciones de los términos matemáticos, acostumbrará a los educandos a evitar las falacias *secundum dictionem* y las falacias *extra dictionem*, incluso

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

"LEAMOS"

a las personas que la soliciten

los homonimias, anfibolias y las prosódicas.

Las demostraciones rigurosas constituyen un excelente preventivo contra el uso de los modos no concluyentes de razonamiento: falacia de *consequente ad antecedens*, silogismos de menor negativa en la primera figura, o con premisas afirmativas en la segunda, etc., etc.

El maestro Vaz Ferreira, en su interesante *Lógica viva*, hizo abundante caza de tales paralogismos y sofismas en artículos de prensa, discursos parlamentarios, etc., es decir, en los razonamientos cuyas conclusiones sirven para gobernar a los pueblos, y la mayor parte de tales deslices son de tal índole, que un mediano estudio de Euclides durante la niñez los habría evitado.

Mas no podríamos decir lo mismo de otras fallas de razonamiento, más sutiles, para evitar las cuales no bastaría (y aun quizá sería contraproducente) un estudio profundo de Matemáticas, tal como éstas se entendían antes de la reforma.

En efecto, la Matemática es la Ciencia de las ideas sencillas. Para poder someter a sus métodos el Universo, lo substituye por un fantasma; y si se pretende aplicar sus conclusiones a la realidad, sin previa adaptación a las condiciones de que se hizo abstracción previa, los resultados serán fantásticos.

La Matemática sólo puede resolver problemas en que interviene un muy pequeño número de elementos variables; y si se quiere razonar *more geometrico* en las cuestiones sociológicas, es que es inmenso el número de condiciones determinantes, se impone una selección de los más influyentes o preponderantes en el fenómeno; pero si en esta selección se confunde lo esencial con lo secundario (*fallacia ex accidente*), las conclusiones tendrán vicio de nulidad. He aquí el fracaso de muchos especialistas ante los complejos problemas de la vida, para los cuales no basta el espíritu geométrico, sino que es necesario ese don más complejo a que se refería Pascal; y el

fracaso será tanto más visible cuanto más abstracta haya sido la formación matemática.

El médico o el abogado que sólo haya recibido una enseñanza secundaria rigurosamente deductiva y abstracta, apagando en él la llama de la intuición capaz de iluminar el fondo oscuro de lo complejo, sólo verá claro cuando se le presenten las cuestiones en la simplicísima forma *siogística*; y como los síntomas del paciente y las declaraciones de los testigos suelen ser de apariencia inconexa, y casi siempre contradictorios, la conclusión que en buena lógica obtendrá es la inexistencia de la enfermedad o del delito.

La variedad de estudios literarios y científicos que en todos los países suelen formar el Bachillerato, contrarrestaba los perniciosos efectos de tal enseñanza matemática, desligada de la realidad en su génesis y en sus aplicaciones, como un buque fantasma que navega entre dos orillas eternamente inaccesibles; y la Naturaleza, que propende al equilibrio, suele borrar del espíritu la huella de todos los excesos educativos; pero si bien los efectos perniciosos nunca fueron alarmantes, por la falta de comprensión de casi todos los alumnos, siempre perduraban en una minoría de entusiastas que, sin el contrapeso de una cultura literaria, filosófica y de ciencias naturales, una vez que llegaban a profesores, propagaban el mal.

Contra él se reaccionó ya, adoptando aquel lema de Klein: «Retorno a la Naturaleza, que es nuestra maestra», y los beneficiosos efectos de esta reacción son ya perceptibles.

Ya no se cultiva sólo la facultad de la abstracción para sacar lo simple de lo complejo, sino también la facultad más delicada, de aplicada las leyes simples a la realidad compleja; ya no se desarrolla solamente el sentido de *exactitud*, sino también el de la *aproximación*.

Si la antigua enseñanza, abstracta, desligada del mundo, sin preocuparse de la génesis de los conceptos ni del retorno a la realidad, en vez de formar, deformaba los espíritus, haciéndolos minuciosos, utopistas, sutilizadores, incapaces de encontrar en la vida soluciones razonables, confíemos en que la nueva tendencia, cada día más extendida y acentuada en el mundo, sirva para dotar a los alumnos de aquel *sentido suplementario* para la vida, que Darwin atribuía a quienes han profundizado el Álgebra, idea ya expresada por Pascal, con estas palabras:

Entre esprits égaux et toutes choses pareilles, celui qui a de la Géométrie l'emporte et acquiert une vigueur toute nouvelle.

La conquista y la independencia religiosa de los indígenas

por M. O. DE MENDIZABAL

(Continuación)

Pero las nuevas clases privilegiadas poseyeron, también privativamente, la técnica superior, los conocimientos científicos, los rituales, los sacramentos y la comunicación directa con la divinidad, por conducto del Pontífice Romano, en representación nominal en la Tierra y de su delegado efectivo en América, el Rey de España.

Durante los primeros años que siguieron a la conquista, el terror de los misioneros, la conveniencia política y la necesidad imperiosa de intérpretes, asociaron a los jóvenes de la nobleza indígena, previamente adiestrados en colegios especiales, a la predicación, a la destrucción de las instituciones religiosas y políticas de sus mayores y al establecimiento sólido y orgánico de los españoles como clase privilegiada; algunos de sus más distinguidos representantes vistieron el sayal franciscano, la sotana de cénigo, la ropilla de curial y hasta los arreos de hombre de armas al servicio de la nueva sociedad; los descendientes de los príncipes indígenas escribieron en latín ciceroniano o en español castizo extensos memoriales en los que hacían gala, en demanda de mercedes reales, de los servicios prestados por sus antepasados a la Conquista; los educandos de Tlaltelolco y Tlaxtepetit, restituidos a sus cacicazgos hereditarios, expoliaron y oprimieron a sus vasallos en favor de los encomenderos, de las «Reales Cajas», de las órdenes religiosas, del episcopado y en propio beneficio, superando las viejas matrículas de tributos. Eficaces agentes de la dominación espiritual y temporal de España, su incorporación, más o menos positiva e íntima a la nueva cultura, fué un hecho individual y poco frecuente que no ejerció influencia sobre la colectividad de donde procedían, ni fué elemento de transformación espiritual. Solamente sirvió, en la mayoría de los casos, para perpetuar a los caciques sumisos a los conquistadores, como un órgano de opresión y una pesada carga económica, en su calidad de «justicias» locales.

Recién llegados los «doce franciscanos», fundadores de la primera provincia religiosa de Nueva España, poco conocedores del verdadero carácter de las religiones y de la psicología de los indígenas e ignorantes en absoluto de sus lenguas todavía, pero poseídos de un gran entusiasmo catequístico, entablaron, por medio de intérpretes, discusiones teológicas con

los principales individuos de esas clases privilegiadas, sacerdotes y caciques, en las que consideraron ingenuamente «refutada» la idolatría y triunfantes los dogmas católicos, como no podía menos de haber sido, dada su condición de representantes espirituales de la conquista militar. Es indudable que de haberse invertido esta situación histórica, los códigos indígenas consignarían la victoria del sacerdocio vernáculo sobre sus contradictores en esa metafísica disputa aun cuando se hubiera enriquecido con algunos mártires más el Santoral Romano.

Pero basta leer «las pláticas y coloquios de los doce primeros misioneros de Méjico», recogidos por Sahagún, después de minuciosamente corregidos por los alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, expertos en el náhuatl, el español y el latín, para convencernos de que la conversión de los sacerdotes que se rindieron «por siervos de Dios, renegando de los ídolos», hecho absolutamente real desde el punto de vista material, desde el espiritual no pasa de ser una ilusión de la fe y la simplicidad de los frailes.

Dejando a un lado la dificultad, insuperable para los intérpretes, de traducir de una lengua de flexión como la española una aglutinante como la náhuatl, ideas abstractas o concretas referentes a temas metafísicos exóticos y a lugares y acontecimientos insospechados; tomando, tan sólo la doctrina misma, materia de la controversia, fundada en «verdades reveladas», resulta inaceptable, por el simple enunciado de sus afirmaciones categóricas, indiscutibles en el concepto de sus profesantes, la repudiación espiritual de otros dogmas tradicionales, producto de la inspiración o de la palabra divina, también, y también indiscutibles para sus creyentes.

Los más conspicuos y experimentados catequistas de la época ponen constantemente sobre aviso a los frailes de sus órdenes respecto a las supervivencias ocultas de los ritos antiguos y a las continuas reincidencias de los sacerdotes indígenas conversos a los cultos prohibidos, y si la Inquisición no mostró mucha actividad para castigarlos—de 131 causas sustanciadas por el primer obispo de Méjico, de 1536 a 1546, sólo 13 fueron incoadas contra indígenas—ello obedeció a que la «relajación en persona» del cacique de Texcoco don Carlos Chichimecatécotl, quemado durante la gestión inquisitorial del propio don

Fray Juan de Zumárraga, fué duramente censurada, tanto por impolítica, cuanto por ser los indígenas «tan nuevos en la fe, gente flaca y de poca sustancia». A esta suerte de consideraciones obedeció la piadosa prohibición de que se procesase a los nativos por causas de fe, dictada en el año de 1575.

Si esto ocurría con los personajes más encumbrados de las naciones conquistadas, en cuya conversión pusieron los frailes todo su empeño y habilidad, por la trascendencia que su ejemplo traería en la conversión de sus vasallos, fácil es conjeturar el estado espiritual de los individuos pertenecientes a los estratos inferiores de las sociedades indígenas, doctrinados con apresuramiento tal por los franciscanos, nunca más de sesenta en acción simultánea, hasta entonces, que según Fr. Toribio de Benavente Motolinía, habían bautizado, es decir, convertido, instruido y aceptado en la fe católica, «más de nueve millones de ánimas de indios».

Dejando a un lado los reparos puestos, antaño como hogaño, a los bautismos en masa e individuales realizados por los primeros apóstoles, pues justos o injustos no tienen interés esencial para nosotros, solamente haremos notar que las irregularidades que se cometieron y que motivaron la bula *Altitud divini concilii* de Pablo III, fueron originados por la imposibilidad material de apegarse al ceremonial, por falta de tiempo, dado el corto número de sacerdotes y la multitud de los neófitos.

Pero no podemos menos de declarar, a pesar de lo mucho que sobre el asunto se ha argumentado, siempre con criterio sectario, que si los frailes no tuvieron tiempo para ajustarse al Ritual Romano en un sacramento tan rápido como el bautismo, menos lo tuvieron para convertirlos, esto es, para destruir sus ideas religiosas tradicionales, instruirlos en los misterios y dogmas de la nueva religión, y, particularmente, inspirarles la fe absoluta, sin dudas ni vacilaciones, condiciones indispensables del catolicismo para admitir en su comunión un nuevo creyente.

La cultura lógica, generadora de las grandes civilizaciones de la América Septentrional, en el centro de Méjico, había sido transmitida por los olmeca-xicalancas, sólo a las clases privilegiadas de los náhuatl-toltecas, y por los náhuatl-toltecas que quedaron dispersos en los valles de Méjico y Puebla, únicamente a las clases privile-

giadas de los nahuatlacas y de los chimeca-otomíes. Como ocurre aún en nuestra época, incluso en los países más avanzados, las masas trabajadoras de las sociedades indígenas, no alcanzaban, colectivamente, el nivel reservado a las clases elevadas, pues como recurso infalible para mantenerlas en una situación social, económica y política subalterna, les estaban vedados los conocimientos superiores, en todos los órdenes, y sólo les eran lícitos los concernientes a sus artes o industrias y algunas nociones religiosas de carácter absolutamente popular.

Cierto que los nahuatlacas eran, en conjunto, una clase privilegiada, en relación con los innumerables pueblos sojuzgados por ellos; pero su nobleza sacerdotal y militar, aunque no completamente estratificada aún, puesto que, por su corto número y lo reciente de su predominio, necesitaba todavía fortalecerse con la admisión de elementos populares individualmente selectos, no dejaba por ello de ser la poseedora exclusiva de la cultura superior. En consecuencia, cualquiera que fuese el grado de evolución de los grupos políticos dominantes que aprovechaban su labor, los macehuales, las clases trabajadoras indígenas, conservaban, dentro de su estrato social correspondiente, su cultura totémica tradicional—incluso las hordas de cultura sub-ártica que, al sedimentarse, habían adoptado, naturalmente, la cultura de los sedentarios—y cualesquiera que fuese su habilidad técnica, su mente seguía siendo pre-lógica, es decir, seguía funcionando por asociaciones.

Esta forma de ideación se distancia progresivamente de la mentalidad lógica y principia a ser importante en sus consecuencias culturales, a medida que los seres, las cosas, los hechos y los fenómenos se sustraen a la observación individual y se apartan más de la experiencia acumulada, es decir, desde el momento en que la relación de causa a efecto comienza a ser mediata. Llegando a su máxima divergencia en el campo de lo abstracto y lo metafísico. Sin embargo, la cultura occidental, lógica por excelencia en sus concepciones de orden práctico, en su mentalidad mística convergía en lo sobrenatural con las mentalidades indígenas, lógicas o asociativas, puesto que la ignorancia de las causas primeras y el deseo de comunicación con la divinidad les hizo fundar sus dogmas en la revelación y su recurso supremo para eludir las leyes naturales en el milagro y la magia.

Por ello, lo sobrenatural jugó papel importantísimo en la conversión de los nativos, cuando la elocuencia de los apóstoles de la fe cristiana agotó en vano sus argumentos apoyados en

los Santos Padres y en los Doctores de la Iglesia, las «apariciones» se sucedieron sin interrupción en el transcurso de los siglos; ya era el Apóstol Santiago, montado en su brioso caballo blanco, combatiendo al frente de los españoles o de sus aliados indígenas, en los momentos más angustiosos, de un hecho de armas—aunque los ojos mundanos de Bernal Díaz del Castillo no tuvieran el privilegio de verlo—o la Virgen de los Remedios, Patrona de los conquistadores, por cuya intervención se salvaron la Noche Triste; ya Nuestra Señora de Izamal, la Cruz Florida de Tepic, el Señor de Amecameca, la Virgen de Lagos, advocaciones y símbolos de las divinidades occidentales que protegerían a los fieles de los dioses caídos, en cada una de las regiones de Méjico, el milagro puso, por así decirlo, un efluvio de divinidad en la obra material y espiritual de los frailes misioneros y unió en una sola reverencia a los vencedores y a los vencidos; el conquistador seguía prosternándose ante el altar común con sus plegarias, oblaciones y ritos habituales, y el conquistado comenzaría a acercarse a él con sus danzas, cantares y ofrendas tradicionales; pero sus espíritus seguirían las trayectorias divergentes que les marcaban sus procesos mentales disímiles, y su diversa interpretación de lo subjetivo y de lo metafísico.

Por ello, asimismo, el milagro, y no sus conceptuosos argumentos teológicos, cimentó ante las multitudes indígenas la autoridad espiritual de los misioneros la fama de los santuarios señalados por la presencia de la divinidad, en diferentes formas y circunstancias, y el prestigio de la misma religión, incluso.

Pero no fué la autoridad espiritual, o más concretamente, religiosa, de los frailes misioneros, con ser muy importante, la que ejerció mayor influencia sobre los indígenas, conversos o no; fué su autoridad social, derivada de su enérgica y perseverante actitud de protesta contra las iniquidades de que eran víctimas los vencidos, por parte de los conquistadores, de los colonos, y, con frecuencia, de las propias autoridades de la Colonia; fué su conducta personal, su primitivo desinterés y su abnegada indiferencia ante los sufrimientos, las privaciones y la fatiga.

La íntima relación que existía en las sociedades indígenas, entre los poderes espirituales y temporales, a la que hemos hecho referencia, los había llevado a establecer penas corporales por faltas espirituales; y su concepto peculiar de los deberes del hombre para la colectividad de la que formaba parte, para con sus señores y para con los dioses, reminiscencias de

las prohibiciones (tabus) de un totemismo insubsistente ya, los había conducido a castigar los delitos con penas extremadas, incluso de esclavitud y muerte. Con diversos matices, tan sólo, pero con la misma tendencia esencial, una legislación inflexible, más duramente aplicada mientras más elevado era el nivel social de quien incurría en sus sanciones, mantenía en los grupos indígenas organizados políticamente, a la vez el orden establecido y los preceptos morales.

La Conquista, al destruir la estructura política y religiosa de los Estados indígenas, derogó automáticamente las leyes que los regían y suprimió los organismos tradicionales que las interpretaban y hacían cumplir, sin que la nueva legislación (reales cédulas, reglamentos, instrucciones, etc.) y los tribunales y magistrados que debían aplicarla, pudieran substituirlos de manera eficaz. Ciertamente que los conquistadores y colonos asumieron, tan rápidamente como les fué posible, la función de las autoridades nativas, ayudados por los caciques sumisos; pero su interés era exclusivamente económico. Señores feudales o simples recaudadores de tributos ordinarios y extraordinarios, poco se les daba de la vida espiritual, moral y social de los conquistados, como no perjudicase directamente sus intereses materiales, y las «Leyes de Indias», fraguadas a más de mil leguas de distancia, iban siendo expedidas lentamente, en consideración a los males trascendentes que urgía remediar, más que con ánimo de prevenir y de orientar en un sentido determinado el desarrollo de la compleja sociedad colonial.

En estas condiciones, los frailes de las órdenes religiosas, dispersos en todas las regiones de los países conquistados, comenzaron desde sus conventos a impartir la justicia de una manera arbitraria, con apego únicamente a su criterio personal, puesto que no existían aún códigos que les sirviesen de norma. Frecuentemente se les ha acusado, entonces como ahora, de excesiva dureza en la aplicación de los castigos, por las faltas más leves, inclusive por las simples faltas de devoción; el hecho es cierto, y por ello fueron severamente amonestados por el Rey de España en distintas ocasiones; pero esta dureza, en modo alguno excesiva comparada con las crueles sanciones usuales en las sociedades indígenas, raras veces perdió su carácter paternal, y fué, en cierta medida, resultado natural del ambiente de violencia que los rodeaba y de las circunstancias anormales que presidían el nacimiento de la nueva sociedad.

Puede decirse que durante las primeras décadas de la Dominación Es-

pañola, los mandamientos de la ley mosaica adoptados por el cristianismo, y los mandamientos rituales de la Iglesia católica, fueron las únicas leyes para los indígenas. Los pueblos conquistados aceptaron de buen grado esta intervención de los poderes espirituales en lo temporal, tanto porque ello significaba la continuación de sus tradiciones prehispánicas en la materia, cuanto porque, cualquiera que fuese la dureza del castigo impuesto por el fraile, mayor hubiera sido la del que impusieran, en idéntico caso, el corregidor o el encomendero. Por estas circunstancias la educación moral y la disciplina ritual de las multitudes nativas, fué motivo de una especial atención por parte de los frailes y los resultados obtenidos por ellos fueron más positivos que en materia de dogma.

Pero aun esta actividad catequística superficial, a la que mucho contribuyó la vanidad y el espíritu de corporación se amortiguó bien pronto. Todavía vibraba la voz enérgica de Fr. Bartolomé de las Casas en el debate contra el doctor Sepúlveda, cuando los dominicos de Guatemala, urgidos por el Rey para que continuaran la conversión de los indígenas de la «Tierra de Guerra», iniciada por aquél con éxito tan grande que conquistó para la comarca el nombre de Vera-Paz, optaron en el Concilio de Cobán por la destrucción total de los lacandones.

La emulación entre las órdenes religiosas antagónicas, no se manifestaba ya, como en los primeros años de su acción evangélica, en el número fantástico de los bautismos, en la extensión de los territorios recorridos, en el estoico sufrimiento de las fatigas y la valiente resignación ante los peligros; la magnitud de las iglesias, la opulencia de los conventos, el esplendor del culto y la riqueza de las jurisdicciones, fundaban el orgullo y atizaban el odio de unas para otras, dando margen, con frecuencia, a verdaderos tumultos. Tan sólo entre los colegios franciscanos de Propaganda Fide de Zacatecas y Querétaro y los misioneros de la Compañía de Jesús, se conservó el carácter apostólico de la competencia, hasta la expulsión de éstos en el año de 1767, en la conquista espiritual de las Provincias Internas (Norte de México y Sur de Norte-América) y de las Californias, con ventaja de los primeros en amplitud y supremacía de los últimos en solidez.

No se trataba ya de captar el amor y la reverencia de las fervientes multitudes indígenas, verdadero juguete de las pasiones y los intereses encontrados de los ministros de los nuevos altares, sino de granjearse el favor de la sociedad feudal de la naciente colo-

nia, fanática, gazmoña, ignorante y desocupada, para la que estas pugnas insanas constituían el más delicado manjar espiritual. El episcopado, en parte por refrenar tanto desorden y en parte por la necesidad de dar ocupación al clero secular—carga sin cesar creciente que la Metrópoli expelía como una toxina para sus colonias; verdadera escoria de las diócesis españolas que por su profunda inmoralidad, su ambición desenfrenada y su ignorancia crasa, desde muy temprano constituyó el elemento más peligrosamente antisocial—entró en la lucha, reivindicando palmo a palmo los derechos de jurisdicción espiritual y temporal que le correspondían, y erigiendo las parroquias en las áreas que se consideraron catequizadas. Los virreyes y las Audiencias, en su empeño incesante de mantener sin menoscabo y aun de ampliar los privilegios del Real Patronato, complicaron al Poder civil en una batalla sin tregua, sólo atenuada un tanto por la presencia de los visitantes o por la desdeñosa prudencia de algún virrey inteligente.

Entretanto, la destrucción de la población indígena proseguía rápida e inalterable; diezmada por las enfermedades epidémicas, tradicionales o aportadas por los conquistadores, el tifus y la viruela principalmente, que habían encontrado un medio propicio en la miseria creciente, en el trabajo excesivo, en las concentraciones urbanas a las que se redujeron, por órdenes estrictas de carácter político,

sus poblados de habitaciones dispersas en los terrenos labrantíos; aniquilada en empresas de descubrimiento, de conquista y colonización, desde la de Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia, que costó más de veinte mil vidas de «aliados» indígenas e incontables de enemigos, hasta la lenta ocupación de las tierras de chichimecas, en las que los pechos de tlaxcaltecas, mejicanos y tarascos servían de valla a las terribles incursiones de los guerreros nómades, de Guanajuato a Texas y Nuevo México, haciendo posible a los frailes, a los mineros y a los hacendados fundar sus misiones, laborear sus vetas y multiplicar sus ganados.

Al compás de la despoblación, el empobrecimiento progresivo de las colectividades indígenas, no tanto por el tributo (un peso y media fanega de maíz por término medio), aunque en ocasiones se gravaba a los vivos con el que correspondía a los muertos, sino por la prestación de servicios en las minas, en la carga, en la hacienda, y principalmente en las construcciones religiosas y profanas, que los obligaban a abandonar a sus familias sin sustento y dejar los campos sin cultivo, permitiendo que el latifundista vecino a los frailes del próximo convento, cuyos ganados habían ya talado la semente sin guarda, valiéndose de la ley prehispánica de tierras ociosas del calpulli (barrio), mantenida en vigor tan sólo para perjuicio de los indígenas, pudieran dilatar los lindes de sus haciendas.



La conciencia tranquila.

El idilio del burgués y la Orleáns

El ciudadano Rouzet y la madre de Luis Felipe.

Vivir hasta los cincuenta años siendo un burgués tranquilo y respetable, con arraigadas ideas republicanas; enamorarse después profundamente de una princesa de casa real; ver correspondida fielmente su pasión; seguir a la princesa en todas sus vicisitudes y sus aventuras; morir Grande de España y, por último, ser el primero en recibir sepultura en un panteón de príncipes ilustres que han dado Reyes y Reinas a Europa: tales fueron los accidentes, nada comunes, de la vida del ciudadano Jacques Marie Rouzet.

La Revolución Francesa fué rica en sorpresas como esa.

Rouzet era un abogado de Tolosa de Francia, a quien sus convecinos eligieron diputado para la Convención. Año y medio después de llegar a París se encontró en la cárcel de Les Carmes, en unión de otros colegas suyos de ideas moderadas. Se había negado a votar la muerte de Luis XVI; había firmado la protesta contra la prisión de los Girondinos; su nombre figuraba en la lista de los diputados llamados a comparecer ante el Tribunal revolucionario. Entre él y la guillotina no mediaba más que un paso, cuando la muerte de Robespierre hizo volver la fortuna en su favor. No tanto, sin embargo, que se le dejara en libertad; pero se le permitió retirarse a Charonne, la «casa de salud» del doctor Belhomme, amigo íntimo de Robespierre. Aquel establecimiento, algo entre cárcel y manicomio, era uno de tantos como florecieron en París y en sus cercanías durante el Terror. De todos aquellos lugares de refugio, la casa del doctor Belhomme era la más segura...

Pocos días antes que el ciudadano Rouzet, había llegado a la famosa casa de salud la duquesa Luisa María Adelaida Penthièvre. Aquella señora era la duquesa de Orleáns, viuda de Felipe Igualdad. Hija del duque de Penthièvre y nieta del conde de Toulouse; la duquesa de Orleáns descendía de Luis XIV y de madame de Montespan, y había acumulado casi toda la inmensa fortuna que el gran Monarca dió a sus hijos legítimos; así es que cuando se casó la duquesa, se la tenía por la heredera más opulenta de Europa. A ella debe la Casa de Orleáns la mayor parte de la inmensa fortuna que hoy posee.

Se había casado sin amor, y su vida matrimonial había sido infeliz. De los dos hijos que la quedaban, el mayor, que luego reinó con el nombre de Luis

Felipe, se hallaba refugiado en Austria, y el menor estaba preso en Marsella. Sin familia, sin amigos, con sólo una modesta pensión que dejaban llegar a sus manos, no es de extrañar que despertara en su corazón dulces simpatías cualquier testimonio de cariño o de amistad. Aunque contaba ya cuarenta años, se hallaba todavía en el esplendor de su dulce y serena belleza.

En aquella casa, donde había presos de la más alta nobleza de Francia, burgueses como Rouzet y actrices como mademoiselles Lange y Mezeray, y en aquellos días en que se tenía siempre cerca la muerte, las relaciones eran fáciles y las amistades se trababan pronto. Rouzet, no obstante sus cincuenta años y la seriedad de su carácter, sintió desde el primer momento una admiración sin límites hacia la dulce y simpática princesa, y se dedicó a servirla con tal devoción, tal sencillez, tal modestia y tal elevación caballeresca de miras, que la duquesa no pudo menos de quedarse encantada y de corresponder con su gratitud y su cariño. La amistad entre el burgués y la princesa real maduró tan rápidamente, que pronto empezó a decirse que estaban enamorados. Así era, y los hechos lo probaron después. Empezaron en la casa de salud un idilio tan puro y tan tierno, como sólo se halla en las páginas de la novela. El amor entre Rouzet y la

princesa pudo hacer sonreír a muchos; pero jamás, mientras duró, dió motivo a una sola palabra de escándalo. El, con su modesta caballería, y ella con su dulzura de carácter, fueron toda su vida superiores a las sospechas de la maledicencia.

En Charonne, el burgués y la princesa pasaron días felices; así es que casi sintieron cuando llegó el momento en que abrieron las puertas y el diputado quedó en libertad. La separación era cruel para ellos, y Rouzet puso en juego la amistad y las simpatías de sus colegas para conseguir del Directorio que la «viuda Orleáns» saliera de la cárcel; pero el Directorio, si bien consintió en dejarla libre, fué a condición de que abandonara a Francia. A Rouzet no se le permitió acompañarla.

La duquesa partió en Dirección a España, haciéndose acompañar de numerosa servidumbre, y tardó diez y ocho días en llegar a la frontera. Allí fué necesario que todas las personas de la comitiva presentaran sus pasaportes.

Descubrióse que una de ellas no lo tenía: era Rouzet. Entonces se supo la verdad. El buen hombre había permanecido en París una semana, hasta que no pudiendo soportar la ausencia de su amada, cogió la posta, y viajando día y noche sin descansar, alcanzó a la duquesa, y con ella siguió hasta los límites de Francia. Inútil fué que el diputado recurriera a las súplicas, y que la duquesa llorara. Llevaron preso a Rouzet a la fortaleza de Bellegarde. La duquesa se negó a cruzar la frontera sin él; emprendió a pie el camino del castillo, vió al gobernador en persona para suplicarle con lágrimas en los ojos que permitiera a Rouzet acompañarla. El gobernador fué inflexible, y la duquesa cayó desmayada a sus pies. Aprovechando las circunstancias, sus servidores se la llevaron a España.

Rouzet, destrozado el corazón, puso de nuevo en juego sus relaciones con sus colegas de la Convención, y por último logró que se le permitiera ir a España. Reunióse con la duquesa en Sarriá, cerca de Barcelona, y desde aquel día hasta el de su muerte no se separaron ya nunca. En la pequeña corte de la princesa tomó el cargo de intendente, con objeto de poder vigilar y proteger los intereses de su adorada amiga. A petición de ésta, su pariente Carlos IV, el Rey de España, otorgó a Rouzet el título de conde de Folmon, y el ex diputado usó tal título por complacer a la duquesa.

De España huyeron juntos a las Baleares poco antes de la invasión napoleónica, y de allí volvieron juntos a Francia cuando la Restauración en el año 1815.

Puesta de nuevo en dominio de sus



El bañista, que por mucho tiempo está pidiendo socorro:—¡Gracias a Dios! Al fin, un salvavidas.

antiguos bienés, la duquesa se estableció en el castillo de Ivry, cerca de Dreux. Allí, en la cripta de una antigua iglesia, habían estado sepultados los restos de los padres de la duquesa, pero la Revolución había derribado la iglesia y aventado las cenizas de los duques. La princesa empezó la construcción de una capilla sobre el sitio en que habían descansado sus padres, y en el centro de la capilla hizo levantar dos tumbas de mármol blanco exactamente iguales, y muy inmediata una a otra, para ella y para el amigo que tan fielmente la había servido. En 1820 estaba terminada la cripta de la capilla y murió Rouzet. Pocos meses después le siguió la duquesa y fué enterrada a su lado.

Pero el romántico amor que había pasado como cosa legítima durante el Terror, fué mirado de otro modo veinticinco años más tarde, cuando la sociedad volvió a entrar en caja; y más

tarde aún, cuando Luis Felipe subió al Trono, pensó que aquellas dos tumbas de mármol blanco constituían un escándalo, y buscó la manera de destruir la obra del cariño de su madre, sin parecer violentar la última voluntad de ésta. Al efecto, dispuso que sobre la capilla que había hecho construir la duquesa, se levantara una gran iglesia, estilo mixto de gótico y renacimiento, cuyo piso estuviera mucho más alto que el de la antigua capilla. La tumba de la duquesa fué elevada al piso de la nueva iglesia, y la de Rouzet quedó abajo en la antigua cripta. Los personajes de aquel tierno idilio revolucionario fueron separados al fin y al cabo, después de la muerte.

Pero todo el que visita la iglesia que sirve de panteón a los Orleáns, al contemplar las tumbas de tantos príncipes y Reyes, rara vez olvida que también yace allí el humilde y honrado ciudadano Rouzet.

un programa terrible, no sólo por lo extenso y lo vario de sus aspectos, sino también por la responsabilidad que implicaba su dirección.

Bajo la dirección de su autor, con la que la obra gana un ciento por ciento sobre las audiciones habituales que se nos dan, volvimos a oír la «Sinfonietta», obra ya fundamental en nuestra cultura. Al espíritu de ella, así como al de la «Suite de Oquesta», de Rodolfo Halffter, nada conviene más que esa sobriedad magnífica con que el citado director conduce a la orquesta. Juntos con estas obras fueron realizados los méritos de las demás que componían el programa: «El Amor Brujo», de Falla; «La tragedia de Doña Ajada», de Bacarisse, y «La romería de los cornudos», de Pittaluga.

En el momento en que escribo estas cuartillas, todavía no se ha realizado íntegra esta serie de conciertos, siéndome, por tanto, imposible el poder hablar de los directores extranjeros.

Nuestra música en marcha

por V. SALAS VIU

III

Forzosamente son esta serie de artículos una serie de elogios. Ello no significa que yo esté satisfechísimo con todo y con todos los que constituyen nuestro presente musical, sino que, obligado por razón de tiempo y de espacio a no hablar más que de parte de él, me paso por alto todo lo que en él me desagrada, no concediéndole ni el derecho a ocupar una sola línea del periódico «por ahora»; y digo esto, porque no creo que siempre me sea dado el pasarme por alto el lado pernicioso y podrido de nuestra actividad musical, lo cual sería inmoral en un grado más que superlativo, cuando este lado pernicioso de las cosas medrase a costa de nuestra indiferencia y de la de los demás. Si ahora desfilan ante el lector tan sólo los elogios, es porque considero a lo otro falto de importancia en este momento y sin derecho a restar ni un ápice de espacio al comentario de nuestra música viva. No necesito, por otra parte, ni siento la necesidad de afirmarme por contradicción y, por tanto, estoy libre de tener que apelar a dar importancia a lo que en este instante no la tiene, y creer gigantes a los que en realidad son enanos de embrión.

Poco a poco se fué notando en el ambiente musical la influencia de un nuevo medio de difusión de los sonidos: la radiotelefonía, y hoy ya su pulsación es tan fuerte que se distingue entre las primeras y de más fuerza de este ambiente. El espíritu amplio de uno de nuestros músicos más

arriesgados, Salvador Bacarisse, ha ido haciendo en el aspecto musical de la emisora madrileña una serie de ininterrumpidos milagros que, como todos sabemos, cuando los realiza un humano es a costa de grandes esfuerzos.

Sería de una estupidez superlativa que yo quisiera descubrir a nadie lo que Unión-Radio hace por nuestra cultura musical, y como yo hago las estupideces cuando no me doy cuenta, en este caso me las ahorro. Lo que sí es necesario señalar es que después de haber hecho conocer al público—al público ilimitable, infinito, de los radio-escuchas—las obras más avanzadas de dentro y fuera de España—por ejemplo, «La Consagración de la Primavera», de Strawinsky, y el «Concerto», de Falla—que de otra manera no se han podido oír, y de haber servido de órgano de resonancia cordial de todos los acontecimientos que se han producido en este aspecto de la vida española, ha sentido la necesidad de tener un contacto aún más estrecho con los oyentes, a menos con parte de ellos, y para esto fué necesario que se vertiese fuera de sí misma. A los conciertos frecuentes de gran orquesta dentro del estudio ha seguido una serie, demasiado corta, fuera de él, en que la Orquesta Sinfónica ha sido dirigida por cuatro grandes maestros en este arte. Un nombre muy significativo para la nueva generación, me refiero a Ernesto Halffter, reaparecía después de una gran ausencia de los atriles madrileños, con

La Residencia de Estudiantes, reduciéndose al estrecho círculo de sus componentes y de unos cuantos invitados—personas de relieve en la intelectualidad—calladamente realiza una obra altamente significativa, y en cuya cuidada organización, en lo que a música se refiere, se advierte, sin duda, la mano tan presta a esconderse de Jesús Bal y Gay, colaborador en estas páginas, músico y musicólogo en quien tan bien se armonizan ambas cosas, que siempre han ido a la greña por esos mundos.

En estos conciertos de la Residencia, nada que tenga un valor es despreciado, y así, junto a la música olvidada—más nueva que la nueva, a veces, al menos en espíritu—van desfilando las composiciones de última hora a través, y esto es todavía mejor, de manos habilísimas en su oficio. Unas de estas manos han sido las de José Cubiles, cada día más perfecto, no sólo en técnica, sino en sensibilidad. En este momento, Cubiles es feliz poseedor de la sensibilidad más dúctil que puede imaginarse. Jamás he oído Scarlatti más finamente sentido y «dicho» que a través de Cubiles, que, como se sabe, interpreta también magistralmente a los músicos españoles contemporáneos.

La Residencia cumple, en el aspecto musical como en todos, el papel que parece haber impuesto, de fina receptora de todos los avances de nuestra cultura. Pocos centros oficiales más despiertos que éste a todo lo nuevo que merezca así considerarse.

Diciembre 1930.

RIFIENDOSE

La Agencia Logos—adscrita a «El Debate»—se ha especializado en la propaganda de la calumnia y la mentira.

Hace tiempo lanzó el bulo malintencionado de que Sbert recibía dine-

Se advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven originales ni se sostiene correspondencia que se refiera a sus escritos.

Los trabajos que constantemente recibimos y que a nuestro juicio merezcan la pena de ser publicados lo serán a medida que lo permita el espacio destinado a la colaboración no solicitada.

ro de los Soviets y ahora ha publicado la canallesca especie de que Marcelino Domingo había huído al extranjero llevándose 900.000 pesetas.

No nos extraña la miseria mental que revela esa Agencia jesuítica. Es jesuítica y además ha nacido de «El Debate».

De tal palo, tal astilla.

Para una próxima Guía de Madrid, anotamos cuidadosamente las siguientes direcciones:

«El Debate», Marqués de Cubas, 3.

«A B C», Serrano, 55.

«La Nación», Marqués de Monasterio, 9.

«Ahora», Paseo de San Vicente, 18.

«El Siglo Futuro», Clavel, 1.

Son domicilios que conviene situar exactamente para que no se pierdan las personas que los busquen.

Según el señor Escofet, a la mentalidad política de Cambó le viene chica no sólo Cataluña, sino España entera.

De acuerdo.

Eso mismo creemos nosotros que les ocurre a Romanones, Bugallal, Guadalupe, García Prieto, etc., etc.

Por cierto que la nota de Cambó ha causado un efecto enorme en toda Europa. Y en los otros cuatro continentes.

No se habla de otra cosa en el mundo.

En cambio, aquí, en España, la noticia nos pareció una sandez y ya nadie se ocupa de ella.

Y es que somos unos ignorantes.

¿Qué dirán de nosotros los grandes estadistas del Universo, los MacDonald, Curtius, Stalin, Briand y Estelrich?

Horroriza pensarlo.

Parece que «Miss Valencia» quiere reivindicarse.

Por nosotros que la hagan caballero calatravo o que la coloquen una llave a la espalda.

Hay que ser benévolo con las señoras.

Romanones, grande de España y chico de Europa—como dijo Unamuno—, no quiere Cortes Constituyentes.

Porque las Cortes Constituyentes o no serán o serán producto de unas elecciones puras.

Y si son puras a Romanones no lo votan ni siquiera en su cacicato de Guadalajara.

OBRA NUEVA

En la colección de «El Libro del Pueblo», editada por la C. I. A. P., ha publicado Luis Santullano un folleto sobre un tema tan sugestivo, tan de primer plano, como son «Los Estudiantes». El interés creciente que en torno al nuevo tipo de estudiante se ha formado es plenamente satisfecho por este libro, esencialmente informativo.

El libro está dividido en tres partes, correspondientes a los estudiantes de ayer, hoy y mañana. Por medio de trozos elegidos en los clásicos, con verdadera habilidad, el señor Santullano nos retrata al estudiante de antaño, ayudado por Cervantes, Vicente Espinel, Quevedo, Santa Teresa, etc., y nos da amablemente una idea escueta y acabada de la organización de los estudiantes antiguos. La parte dedicada a los de hoy, no puede ser más interesante. El comentario del estado presente de los estudiantes es hecho con toda imparcialidad y dejando a los hechos retratarse por sí mismos, así como la investigación de las causas que originan el nuevo tipo de estudiante surgido después de la guerra.

V. SALAS VIU

¿Un programa? Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, enseñar al que no sabe, redimir al cautivo.

Y el hambriento son diecinueve millones de españoles. El sediento, la

Según la jurisprudencia del Tribunal Supremo y los tratados de Derecho, la «necesidad racional del medio empleado para impedir la o repelerla» debe interpretarse en el sentido de que no es lícito responder a palos al que ataca con los puños, ni a tiros al que emplea piedras.

tierra. El ignorante, la nación en todas sus clases. El cautivo, los labradores, los comerciantes, los que producen, los que trabajan, siervos del fisco, de la administración y del cacique.

JOAQUÍN COSTA

Hola, Sangróniz.

Cómo te estás poniendo, ¿eh?

Parece que la aristocracia española—la de los pergaminos y el dinero—va a proceder de una manera inusitada en defensa de la patria y del orden. Y ya ha empezado a trabajar...

—Esto de los cambios parece que ha mejorado mucho.

—¡Pero si no cambia nada!

—Es verdad. Todo sigue igual.

—Entonces, doctor, ¿no hay que tener ninguna esperanza?

—No sé, señora. Según lo que usted desee.

El P. N. del Turismo: he aquí una de las ventosas aplicadas por la Dictadura al presupuesto.

Sangróniz: he aquí una sanguijuela que chupetea feliz debajo de la ventosa.

ESTUDIANTES

La F. U. E. en el primer trimestre de curso

En esta primera etapa del curso ha sido extraordinaria la actividad desarrollada por la F. U. E. y aun más por las Asociaciones profesionales que la integran, en el orden puramente cultural y universitario.

En los actos organizados por la F. U. E. destaca en primer término por su valor y resonancia la conferencia de don José Ortega y Gasset, sobre el tema genérico «La reforma de la enseñanza», conferencia que en unión de los folletos publicados en *El Sol*, bajo el título «Qué es la Universidad», constituye el conjunto doctrinal más agudo, perspicaz y sincero—como todo lo sincero en la España de hoy, trágicamente sincero—que se ha formulado sobre el candente problema universitario. No han llegado a realizarse la totalidad del ciclo de conferencias que acerca de este actualísimo tema se propuso desarrollar la F. U. E., pero es de esperar que si las circunstancias no ponen en primer plano de la actividad del estudiante de sensibilidad otros modos de actuar, se siga desarrollando en este segundo período del curso académico.

La Asociación Profesional de Filosofía y Letras ha dejado notar su acento de depurada cultura: conferencia de Pedro Salinas, conferencia-concierto de Pittaluga, etc., etc... Es su misión dentro de la F. U. E. y dentro de la Universidad. Se había olvidado, por no decir perdido, la conciencia de la misión de la Facultad de Filosofía y Letras y, por tanto, del estudiante de ella. El espíritu práctico, casi pragmático, de otras Facultades y Escuelas especiales había llegado a dar su tónica a toda la Universidad, del mismo modo como en la cultura de todo el siglo XIX han ahogado las ciencias—exactitud aparente, visión cercana, reducido horizonte—al espíritu filosófico y estético—previsión profunda tras una primera vaguedad, mirada hacia lo lejano, horizonte ilimitado—. El siglo XX, que comienza en la post-guerra, nos trae, muy lentamente y entre angustias de algo que agoniza, una nueva ordenación de las cosas.

Lo primero para que la Universidad sea tal es que tenga unidad, que

sea una en sí misma, en su dirección y totalidad, y esto quizá sólo pueda hacerlo la Facultad de Filosofía, como en el edificio de la cultura es ella también quien únicamente puede dar forma a los dispersos materiales, es decir: fundar el edificio.

Es muy dura y muy compleja la labor del estudiante y, por tanto, de las Asociaciones profesionales. El estudiante, a más de estudiar y quizá antes que estudiar, a más de construir la Universidad que le entregaron ya deshecha, ha de llevar su energía, su fe joven, su instinto político a esta empresa magna.

El estudiante como fuerza social

Muchos son los estudiantes que pasarán estas fiestas lejos de sus familiares, lejos de sus amigos, de sus camaradas en honroso exilio. Quizá muchos pasen de la adolescencia alocada y semiconsciente a una hombría prematura y como todo lo prematuro, doloroso. Ha habido quien en una noche envejeció, tornándose sus cabellos repentinamente blancos; bien puede ocurrir que muchachos para quienes la vida era deporte y derroche de energía sin finalidad, ni dolor, cambien en unos días, en unas horas, y adquieran de la vida una imagen nueva.

El tipo medio de estudiante, la casi totalidad está recolectada entre la burguesía: el pueblo, contra lo que hipócritamente se dice y propaga, no puede aún mandar sus hijos a la Universidad; la aristocracia considera los estudios como algo tan puramente accidental y anecdótico, que suele pasar por las aulas universitarias con el máximo desdén y desatención. El muchacho del pueblo no puede ser estudiante, el aristócrata desprecia el serlo; queda, pues, el mu-

chacho de la burguesía como constituyente de la masa estudiantil. Esto hace que el ambiente universitario quede demasiado aislado de la vida de la nación y que los estudiantes al actuar en problemas sociales y políticos lo hagan de un modo característicamente burgués, pero burgués juvenil, lo cual ya no es del todo burgués.

Pero llega la lucha verdadera, el fracaso, y el muchachito burgués se pone en contacto con la verdadera realidad social. Ante sus ojos asombrados desfilan las víctimas de la gran batalla social, y entonces aprende a sentir lo que antes por virtud del medio en que vivía no había sentido.

Conoce su despierta sensibilidad la fetidez de las cárceles—de esas cárceles modelo que el capitalista opresor se imagina trasunto de sus «Palacios»—y advierte que en ellas no están los grandes malhechores de la sociedad, los que con su ambición desenfrenada y su concupiscencia sin límite han descuartizado y deshonorado; no, no están ellos entre los pestilentes muros de esas prisiones. Están pobres delincuentes de menor cuantía, gentes que lejos de estar en deuda con la sociedad son sus acreedores, verdaderas víctimas del desamparo económico, moral, educador. Están ciudadanos de dignidad que han sentido sobre sus conciencias el imperativo de la hora...; están muchachitos burgueses que ayer no sabían y hoy ya saben.

Ningún acontecimiento acontece en balde y cuando la corriente de los tiempos se dirige hacia una meta determinada, no hay coacción que pueda detenerla ni torcerla.

Hay quien ha envejecido en una noche, pero también hay quien en unas horas, en unos minutos quizá, han aprendido a ser hombre, a sentir la gran verdad de la lucha social de nuestros días. Cuando los muchachitos que están en el silencio lejos de sus camaradas, vuelvan a encontrar su mundo, el mundo feliz de la adolescencia sin dolor que dejaron a la puerta, ya no podrán del todo recordarle. Imágenes nuevas, intensísimas, desplazaron a las de ayer; su mundo será ya otro mundo, de tintas más negras, de contrastes más duros. La cárcel les ha presentado la realidad completa que su medio social les había presentado hipócritamente mutilada.

PASTILLAS K L A M

CURAN LA TOS

POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA
¡PROBADLAS!

La primera caja convence.

Sólo cuesta tres reales.

Venta en farmacias y droguerías.



«AZORIN».—Pueblo. (Novela).

Cada libro nuevo de «Azorín» es una nueva sorpresa, una nueva conquista. Hemos leído su «Pueblo» con toda solemnidad, con la calma que requieren los bellos poemas, los poemas universales, porque «Pueblo» es un poema universal. Los libros de «Azorín» hay que leerlos muy despacio, gustándolos como manjares de excepción, palpando su imprenta con los ojos... El lector de «Azorín» se convierte en recitador aunque no quiera y acaba en poeta, quedándose, tras la lectura de la última página, insensible y víctima de ese vértigo que produce la vista de las pequeñas caras desconocidas.

Es «Pueblo» la novela de los que trabajan y sufren. «Azorín» ha pulsado al pueblo y, más artista que nunca, ha anotado esas pulsaciones en su cuaderno de mago porque «Azorín» es un mago prodigioso que mide lo que no tiene dimensiones y pesa lo que no pesa. «Azorín» no vive en un pueblo, sino en un cielo, un cielo lleno de estrellas, un cielo—el cielo de todas sus ventanas—azul y luminoso. Ha paseado «Azorín» por todos senderos sociales y ha recogido del pueblo sus cosas minúsculas, que son las más grandes, porque él es el alquimista maravilloso de todas las cosas.

Veamos algunos títulos de sus capítulos: «Casita», «Costurero», «Silla», «Taza», «Carpintería», «Herrería», «Fábrica», «Umbral»... Y, más adelante: «Moneda», «Ferial», «Vaso», «Llave», «Lámpara», «Resplandor»...

Hay un capítulo, «La conciencia», donde el microscopio del gran histólogo de los tejidos del mundo que es «Azorín», nos descubre células imprevistas, concatenaciones milagrosas; todo un sistema revelado: «... Y la sensación de ir pisan-do por este suelo del ancho plano; pi-sando en el duro mármol o pisando en el blando caucho. Permeabilidad del suelo; las cosas que pasan como a través de un filtro. Un rayo de sol en un muro, en una hora de serenidad, se sumerge en lo hondo, filtrándose por esta malla que forma ahora el suelo. Los compases de una melodía caen en lo hondo. El precipitarse dulcemente de olores, de sabores, de ruiditos, de contactos, de reflejos. Un ansia de serenidad. El ruidito que se ha convertido en una escena que vivimos hace cuarenta años; el saber, que se ha trocado en la sensación que experimentamos antaño, en un día como el día presente; los compases de la melodía, que nos hacen ver una cosa que no hemos visto hace tiempo; el reflejo de la luz en una porcelana, que se cambia en una ancha

plaza soleada por donde nos vemos discurrir...»

Con la misma agudeza y la misma penetración que en este párrafo ve «Azorín» el pueblo, se identifica con él amando todos sus objetos que él hace objetos del cielo.

No hemos de decir más del nuevo libro del autor de «Los pueblos». La única verdad será la lectura de él. Sepa siempre el obrero lo que dice el artista: «¿Es que crees tú que yo estoy en un lecho de rosas?» Como es justicia.

«Pueblo» lleva una fotografía de una casita de piedra en medio de un campo, una casita sola y cerrada... Recordemos una frase de las primeras páginas: «Volver a lo básico y primordial; volver al pueblo; sentir toda la emoción del pueblo; es decir, de lo primario. Verse olvidado de todos sin ser conocido de nadie, tornar...»

A. DE O.

BERGES, CONSUELO.—Escalas.—Buenos Aires. 1930.

Los lectores de *El Sol* conocen a esta escritora por sus artículos desde Buenos Aires. Pero en las correspondencias de actualidad periodística no es muy fácil apreciar todos los méritos de una firma. En el libro que ahora publica Consuelo Berges se acusa una personalidad interesante de ensayista, todavía con algún rebrote antiguo, rebrote lírico. Se observa, sobre todo, que el pensamiento de esta mujer está disciplinándose en temas difíciles, y que ella tira de las riendas de su prosa a cada instante, para

que no se desboque la idea ni se interne por los senderos de la facilidad. Muy al tanto del movimiento de la filosofía, el arte y la literatura moderna, los autores que maneja Consuelo Berges no pueden ser más autorizados y legítimos.

El volumen está formado por varios ensayos heterogéneos que toman, sin embargo, lo que pudiéramos llamar «un cuerpo de doctrina hispanoamericana». Precisamente lo que esta escritora dice del hispanoamericanismo, repudiando lo oficial y pegadizo, para quedarse con lo entrañable y cultural, nos compensa de otras actitudes absolutamente falsas e inútiles. Porque Consuelo Berges es española, pero tiene el sentido universalista de la cultura, que pugna con los cerriles nacionalismos de allí y de aquí. Un trabajo muy interesante de este libro es el que habla del indianismo, problema de razas que influye indudablemente en la fisonomía americana y en su estructura íntima. Quizá Consuelo Berges atiende poco en su obra a la repercusión del indianismo en los movimientos políticos de la juventud de América, que están muy por encima del nacionalismo continental y tienden cada día más a internacionalizarse.

Algunas devociones incomprensibles le quedan a Consuelo Berges. Pero ello se explica si se tiene en cuenta que la autora ve el panorama literario español desde América, donde los hombres y las cosas pierden contornos.

El libro lleva unas graciosas «seguidillas» de la poetisa española Concha Méndez, emigrada en Buenos Aires.

J. D. F.

ESTERAS

Terclopelos mitad de precio. Lino-leum, 6 ptas. m2. Salinas, Carranza, 5. Teléfono 32370.

SUCESOR DE
E. PALAZ
FOTOGRAFADO
APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254
38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!
QUINTANA 33. MADRID

IMP. DE SUC. F. PEÑA CRUZ. PIZARRO, 16. MADRID.